

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

LUCES EN EL CAMINO

**LIMA-PERÚ
2008**

LUCES EN EL CAMINO

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ
2008

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	4
La sinceridad	5
La comprensión	16
Siempre adelante	23
Agradecimiento	27
El sufrimiento	33
Importancia de lo pequeño	37
La humildad	45
Amar y compartir	52
La solidaridad	62
Haz algo por los demás	70
El ejemplo de Gandhi	84
El buen ejemplo	95
Buscando a Dios	102
Amor a Jesús	110
Sé tú mismo	118
Reflexiones	124
CONCLUSIÓN	128
BIBLIOGRAFÍA	130

INTRODUCCIÓN

En este libro deseo iluminar el camino de la vida de tantos hombres que no saben por dónde ir. Están confundidos por tantas ideas contradictorias que reciben a través de los medios de comunicación, que, frecuentemente, invitan a disfrutar de la vida y a buscar los placeres sin discernir entre lo bueno y lo malo, entre lo moral o inmoral. Para muchos, ya no existe el bien o el mal. Parece que todo es bueno y que cada uno puede hacer lo que desee con tal de no hacer daño a los demás. Pero ¿será realmente así? ¿Acaso es buena la mentira, la infidelidad o la irresponsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones?

Luces en el camino quiere ser como un indicador de valores siempre válidos, como lo han sido en los siglos pasados y como lo serán en los futuros. Porque hay verdades que no cambian y que siempre tendrán validez en la vida de los hombres. Si tú, realmente, buscas con sinceridad la verdad y el camino del bien y de la verdadera felicidad, te aconsejo que leas detenidamente este libro, donde aprenderás a ser más sincero, honrado, puro, humilde, generoso y fuerte para saber luchar contra los vicios. Y para tener siempre la alegría a flor de labios.

En el mundo hay muchas luces y muchos buenos ejemplos para seguirlos, mira bien, abre los ojos

y no te dejes hipnotizar por las sirenas de los placeres, que te invitan a través de luces multicolores o propagandas de vida fácil. Vive bien, vive para la eternidad, y con tu propia luz ilumina el camino de tantos otros que necesitan tu ayuda, tu ejemplo y tu amistad.

LA SINCERIDAD

Es la virtud de decir siempre la verdad. *La verdad como rectitud de la acción y de la palabra humana tiene por nombre veracidad, sinceridad o franqueza. La verdad o veracidad es la virtud que consiste en mostrarse veraz en los propios actos y en decir la verdad en sus palabras, evitando la duplicidad, la simulación y la hipocresía (Cat 2468). La mentira consiste en decir algo falso con intención de engañar al prójimo, que tiene derecho a la verdad (Cat 2508).*

Cuando se miente públicamente, la mentira tiene una gravedad particular. Cuando se miente hablando bajo juramento, se llama perjurio. Usar los medios de comunicación social para difundir mentiras a nivel general es algo especialmente grave. Y no olvidemos que las medias verdades, como decía san Agustín, son mentiras enteras. Y esto se puede hacer, exagerando la realidad y aumentando o dis-

minuyendo los defectos o las virtudes de las personas o cosas. Cuando se miente, diciendo algo contra el honor de las personas, es ya una calumnia.

En la vida real, hay mucha gente que miente para quedar bien, para evitar problemas o para conseguir beneficios. Hay quienes prometen algo que después no están dispuestos a cumplir, y estas falsas promesas también son mentiras. Además, la mentira lleva a otros vicios como la falta de honradez, o de fidelidad, lo cual es, especialmente grave, con relación al compromiso religioso, sacerdotal o matrimonial, que debe ser de por vida.

Por otra parte, el camino de la mentira nunca lleva a Dios y, si uno quiere amar a Dios, debe decir siempre la verdad, aunque le cueste graves sufrimientos o aun la vida. Un hombre sincero es un hombre luminoso. La verdad es luz y la mentira es oscuridad del alma. Veamos un relato africano, en el que se nos manifiesta la importancia de decir siempre la verdad.

En cierta tribu, para llegar a ser adultos, los jóvenes debían pasar diferentes pruebas. A uno de ellos, el día señalado, los ancianos le pidieron que fuera a la selva él solo, sin alimentos ni agua ni armas, y encontrara a cuatro animales: una serpiente pitón, un rinoceronte, un león y un elefante. Le dije-

ron: *Tienes que mirarlos de frente a los ojos, quedarte quieto y cerciorarte de que ellos te ven. Después vuelves y nos informas.*

Partió el jovencito y fue en busca de los leones, pues sabía dónde se encontraban. Vio a un león a cierta distancia y, a pesar de sudar de miedo, esperó. El león descubrió al joven, se miraron el uno al otro y, finalmente, el león bajó la cabeza y se fue lentamente. Había superado la primera prueba. Después se fue en busca del rinoceronte, que son animales peligrosos, sobre todo, cuando se asustan. El chico sabía donde abrevaban y se fue a esperarlos. Se subió a un árbol a esperar. Un rinoceronte se acercó a beber, lo vio y se lanzó dos veces contra el árbol, pero el árbol aguantó. Se miraron mutuamente y sólo tuvo que esperar a que bebiera agua y se marchara. Después se encaminó a la parte más espesa de la jungla y encontró una serpiente pitón enrollada en un árbol. Él la miró y la gran serpiente comenzó a desenrollarse del árbol. Una vez que estuvo en el suelo, la serpiente miró al muchacho y el muchacho salió disparado corriendo, pero contento de haber superado la tercera prueba. Sólo faltaba el ver a los elefantes, que son animales pacíficos y que no atacan a los humanos, a menos que no sean amenazados. Llegó a donde sabía que se encontraban, siguió la pista, pero no pudo encontrar ninguno. ¿Dónde podrían estar? Estaba cansado, sediento y hambriento después de

dos días y hasta se sentía mareado de debilidad; quería beber agua de la fuente, pero se reprimió y no lo hizo. Después de caminar por varias horas, ya no pudo más y se rindió. Empezó a llorar y retornó al pueblo. Informó a los ancianos que no había comido ni bebido y que había superado bien las tres primeras pruebas, pero que había fracasado, porque no había encontrado a los elefantes. Entonces, un anciano lo tomó del brazo, lo abrazó y le dijo: *No has fracasado. No pudiste encontrar al elefante, porque nosotros los hicimos huir en estampida la mañana que partiste. La prueba no consistía simplemente en ver y ser visto por los animales salvajes, sino en saber si dirías o no la verdad. Tú lo has hecho. Bienvenido a casa. Ahora eres un hijo de la tribu*¹.

Creo que si a los jóvenes actuales les hicieran a los 18 años una prueba sobre su sinceridad para llegar a ser adultos en la sociedad, muchos no la pasarían. Hay demasiados jóvenes que hablan mucho de sinceridad, de honradez, de justicia y quieren un mundo más justo y sincero, pero ellos no hacen nada por conseguirlo, pues siguen el camino de lo más fácil, evitando esfuerzos, trabajos y sacrificios. Les podría pasar lo que le pasó al hombre del cuento.

¹ McKenna Megan, *El Adviento y la Navidad*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1999, pp. 134-135.

Había una vez un hombre que estaba tan apasionado por la justicia que la quería encontrar a toda costa. Estudió todo lo que se refería a ella. Preguntó a los mejores juristas y se fue a buscar la justicia a los más lejanos lugares del planeta, porque en su país no aparecía por ninguna parte, ya que todo era maldad e injusticia.

Cuando ya estaba decepcionado de la búsqueda a través del mundo, se detuvo en un bosque, como perdido, sin saber qué dirección tomar. Pero vio, de pronto, que había una casa en ruinas y se dirigió hacia ella. Se acercó y miró a través de las polvorientas ventanas y se sorprendió al ver dentro una gran luz. Era una luz muy brillante. Empujó suavemente la puerta y entró.

Se encontró en un lugar muy extraño, una habitación llena de luz. Dio vueltas y descubrió que había varias habitaciones llenas de luces. Había estantes sin fin desde el suelo hasta el techo; y en los estantes había diminutas lámparas de aceite. Eran innumerables y ardían, unas con rapidez furiosa, otras lentamente. Miró bien y vio que las mechas estaban metidas en unos recipientes. La mayoría de ellos eran de barro o estaño, aunque había otros hechos de lata, bronce y oro. Las mechas eran cortas, pequeñas, gruesas o delgadas. El aceite era espeso. En algunas lámparas había mucho aceite, en otras

sólo unas pocas gotas. Estaba fascinado por la luz y el completo silencio. El lugar era mucho más grande de lo que habría podido imaginar desde el exterior.

Y, mientras examinaba atentamente las lámparas, se dio cuenta de que a su lado había una figura alta, blanca, silenciosa, vestida de blanco, con un manto largo y suelto. Sintió un poco de miedo, pero la figura le sonrió y tomó confianza. Le preguntó:

- *¿Qué es esto?*
- *Es la casa de las lámparas de aceite. Cada lámpara es el alma de un ser humano. Todos los seres humanos vivos están aquí representados. Como ves, unos son fuertes y les quedan muchos años de vida como a estas lámparas que tienen mucho aceite todavía. Otros mueren pronto, ya les queda poco aceite. Y algunos mueren, mientras estamos hablando, pues se acabó su aceite.*

El buscador de la justicia estaba silencioso, pero pensó cuál sería su lámpara y, por eso, preguntó: ¿cuál es mi lámpara? El anciano lo llevó a otra habitación y le mostró una lámpara en una vasija de barro a la que sólo quedaban unas dos gotas de aceite; su mecha estaba ya inclinada y tenía dificultades para sostenerse, lo que indicaba que le quedaba muy

poco tiempo de vida. Entonces, nuestro hombre se asustó. ¿Le quedaban pocos días de vida? ¿Sólo unas horas? Estaba realmente asustado. Había pasado su vida, buscando la justicia sin encontrarla, y ahora ya no había más tiempo disponible.

Miraba su lámpara a punto de apagarse y se fijó de pronto, en una vasija de bronce, exactamente al lado de la suya, que tenía una mecha fuerte y gruesa, con una gran cantidad de aceite como para vivir cien años. Entonces, se dio cuenta de que el anciano había desaparecido y estaba él solo, completamente solo. No había nadie, miró la habitación de al lado y tampoco había nadie. El anciano se había ido. Pensó: Y si... No, no podía. Pero miró otra vez y vio tanto aceite en la lámpara vecina que se dijo: *Un poquito de aceite no le quitará nada y a mí me dará un respiro para poder seguir trabajando y haciendo el bien en el mundo. Será solo unas gotitas.* Volvió a mirar y no había nadie. Entonces, se atrevió, se acercó a la lámpara de bronce, la agarró con sus dos manos y la inclinó sobre la suya; pero, de pronto, apareció el anciano y lo agarró con fuerza, diciéndole: *¿Es ésta la clase de justicia que estabas buscando?*

Lo había agarrado con tanta fuerza, que le había hecho daño y el brazo le dolía. En ese momento,

todo se desvaneció, las luces y las lámparas desaparecieron. Estaba solo en el bosque y se quedó inmóvil pensando: *¿Cuánto tiempo de vida me queda? ¿Qué voy a hacer ahora? Y se repetía a sí mismo: ¿Es ésta la clase de justicia que andabas buscando? ¿Por qué no comienzo por mí mismo siendo justo, sincero, leal, honesto y honrado? Y concluyó: Aunque me falten dos días de vida, viviré de la mejor manera, como si me faltaran cien años. No quiero fallarme a mí mismo ni a Dios².*

Ciertamente es sólo un cuento, pero cuánta gente habla mucho de justicia, de verdad, de honradez, exigiéndosela a los demás, pero ellos no la practican. ¡Qué fácilmente se encuentran excusas para robar, para mentir, para no ser justos, para no ser puros! ¿Es esa la clase de justicia que exigimos a los demás y que nosotros nos excusamos de practicar? Sí, es fácil decir que me pagan poco, que no tengo para vivir, y, por eso, puedo robarme algunas cosas de mi empresa o no pagar impuestos... Pero son razones que no convencen a nadie. Por eso, si queremos que los demás sean justos, sinceros, honrados, responsables, seámoslo primero nosotros y démosles un ejemplo para que sigan nuestras huellas.

² Mckenna Megan, o.c., pp. 200-201.

Jesucristo ya dijo hace muchos años: *Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti* (Mt 7, 12). ¿Quieres que te digan siempre la verdad, que te hagan justicia, que te hagan feliz? Haz lo mismo tú a los demás.

O como dice el libro de Tobías: *No quieras para los demás lo que no quieras para ti* (Tob 4, 15). No quieres que te roben, que te mientan, que te hagan injusticias..., no lo hagas tampoco tú a los demás. Veamos ahora dos casos reales.

Caffarel cuenta el siguiente hecho: Un papá tenía una hija de 9 años, llamada Mónica. Una tarde, el padre le dice:

- *Mónica, ¿cómo va tu lección del colegio? ¿Está todo listo para mañana?*
- *Sí, papá.*

A las once de la noche, cuando ella estaba ya acostada y durmiendo, entró el padre en su habitación y vio en su mesita de noche un papel escrito que decía:

- *Papá, te pido perdón, porque he mentado; no es verdad que tenía lista la lección. Te pido perdón y procuraré nunca más mentir. Buenas noches, papá.*

El papá, después de haberlo leído, le escribió la respuesta así:

- *Mi pequeña Mónica, yo te quiero mucho y me siento feliz de que me hayas pedido perdón. Yo te perdono con mucho gusto. He entendido que me pides perdón, porque me amas y no quieres hacerme sufrir. Quiero que sepas que todas las veces que me hagas sufrir por algo y me pidas perdón, yo estaré siempre dispuesto a perdonarte, aunque suceda varias veces. El buen Dios también hace así con nosotros, porque nos ama. Te he escrito esto para que, cuando te despiertes, sepas que te he perdonado. Te quiero mucho, Mónica, hija mía, y te beso y te abrazo con todo mi corazón.*

El Dr. Arun Gandhi, nieto de Mahatma Gandhi, comparte un hecho de su vida personal en sus charlas alrededor del mundo:

Yo tenía 16 años y estaba viviendo con mis padres en el Instituto que mi abuelo había fundado en las afueras de Durban, en Sudáfrica... No teníamos vecinos, así que a mis dos hermanas y a mí, siempre nos entusiasmaba el poder ir a la ciudad a visitar amigos o ir al cine.

Un día, mi padre me pidió que le llevara a la ciudad para asistir una conferencia que duraba el día entero y yo aproveché esa oportunidad. Como iba a la ciudad, mi madre me dio una lista de cosas para comprar y mi padre me pidió que me hiciera cargo de algunas cosas pendientes, como llevar el auto al taller.

Cuando me despedí de mi padre, él me dijo: «Nos vemos aquí a las 5 p.m. y volvemos a la casa juntos». Después de completar muy rápidamente todos los encargos, me fui hasta el cine más cercano. Me concentré tanto en la película, una película de John Wayne, que me olvidé del tiempo. Eran las 5:30 p.m., cuando me acordé. Corrí al taller, conseguí el auto y me apuré hasta donde mi padre me estaba esperando. Eran casi las 6 p.m. Él me preguntó con ansiedad: «¿Por qué llegas tarde?». Me sentía mal por eso y no le podía decir que estaba viendo una película de John Wayne; entonces le dije que el auto no estaba listo y tuve que esperar. Esto lo dije sin saber que mi padre ya había llamado al taller.

Cuando se dio cuenta de que había mentido, me dijo: «Algo no anda bien en la manera como te he educado, puesto que no has tenido la confianza de decirme la verdad». Voy a reflexionar sobre qué es lo que hice mal contigo. Voy a caminar las 18

millas a la casa y a pensar sobre esto. Así que vestido con su traje y sus zapatos elegantes, empezó a caminar hasta la casa por caminos que no estaban ni pavimentados ni alumbrados. No lo podía dejar solo..., así que yo manejé 5 horas y media detrás de él, viendo a mi padre sufrir la agonía de una mentira estúpida que yo le había dicho. Ese día tomé la decisión de nunca más mentir.

LA COMPRENSIÓN

La comprensión con los demás es algo muy importante en la vida. Comprender es amar y es tener consideración con los que no piensan como nosotros. Eso es también ser tolerantes con las opiniones y las acciones de los demás, siempre que no atenten contra nuestros derechos o contra la verdad. No olvidemos que todos los hombres, de cualquier color, raza o religión, somos iguales ante Dios, porque somos hermanos, hijos del mismo Padre.

Cuentan que una vez, en una carpintería, había diferentes herramientas que no se entendían entre sí. Y convocaron a una reunión para tratar de arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia, pero la asamblea decidió que renunciara, porque hacía demasiado ruido y todo el tiempo se pasaba golpeando. El martillo reconoció sus errores, pero

pidió que renunciara también el tornillo, pues daba muchas vueltas para hacer las cosas. El tornillo aceptó la renuncia, pero pidió la expulsión de la lija, porque siempre tenía fricciones con los demás, pues era muy áspera en el trato. La lija aceptó, pero pidió la renuncia del metro, porque se pasaba el tiempo midiendo a los demás según su propia medida, como si fuera el único perfecto.

En ese momento de la asamblea, entró el carpintero y empezó a trabajar, utilizando el martillo, el tornillo, la lija y el metro. Cuando terminó el trabajo, se reanudó la asamblea y, entonces, tomó la palabra el serrucho y dijo:

- *Señores, queda demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades. Así que no pensemos tanto en los defectos de los demás sino en sus cualidades para aceptarnos todos como somos y vivir en paz como hermanos.*

Veamos otro caso. En una ocasión, un muchacho de 17 años se quejaba al gran escritor Mark Twain respecto de su padre. Le decía:

- *No nos entendemos, nos pasamos el día discutiendo. Es tan reaccionario que no tiene*

ninguna sensibilidad para las cosas actuales. ¿Qué debo hacer? ¡Pienso irme de casa!

Mark Twain le contestó: *Te comprendo perfectamente. Cuando yo tenía 17 años, también mi padre era así de conservador, no podía soportarlo. Debes tener un poco de paciencia con los viejos, son lentos para los cambios. Cuando tuve 27 años, mi padre ya había progresado mucho, se podía hablar con él de modo razonable. Y, actualmente, después de otros 10 años, no lo creerás; pero, cuando ya no sé qué hacer, voy y le pido un consejo a mi viejo padre. ¡Fíjate cómo pueden cambiar los viejos!*

¿Cambian los viejos o cambiamos nosotros con la experiencia de los años? Había una vez un maestro espiritual que decía: Cuando era joven, yo le pedía a Dios: *Señor, ayúdame a cambiar el mundo.* Cuando tuve 40 años, le decía: *Señor, ayúdame a cambiar a los que me rodean.* Y ahora que soy anciano, le digo: *Señor, ayúdame a cambiarme a mí mismo.* En la medida en que uno cambia es más comprensivo y puede ayudar mejor a cambiar a los demás. Por eso, nunca despreciemos a nadie. Seamos tolerantes con sus defectos y aprendamos que nadie es tan ignorante que no pueda enseñar algo a los demás y nadie es tan pobre que no pueda dar algo a los demás para hacerlos más felices.

No nos creamos la «divina pomada», capaces de solucionar todos los problemas. Alguno podría decir: *Si yo fuera el Presidente de la República, haría esto o lo otro... Y solucionaría todos los problemas con suma facilidad...* Nos puede pasar como a aquel angelito del cuento. Un ángel del cielo quería ayudar a los hombres a ser felices y pensó que Dios no estaba llevando las cosas bien. Por eso, le pidió que le dejara durante un año el gobierno del mundo para poder modificar las cosas y hacer un mundo feliz. Los otros ángeles estaban consternados por tanta audacia, pero Dios, que es humilde y paciente, le concedió lo que pedía.

Como sólo tenía un año de tiempo, comenzó rápidamente a poner las cosas en orden. Quería que fuera un año de mucha alegría y tranquilidad para todos. Y consiguió que no se oyeran lamentos. Nunca en la historia del mundo había habido tanta abundancia de todo. Los campos estaban llenos de frutos y mieses. Parecía un paraíso terrenal y el ángel estaba orgulloso de su trabajo. Al terminar el año previsto, regresó al cielo, contándoles a todos lo bien que había hecho todo y que todos estaban felices en la tierra.

Pero, al comenzar el nuevo año, comenzaron los lamentos y la desesperación de la gente. El ángel pensó que debería seguir gobernando al mundo, pues

empezó a creer que era indispensable. Pero se preguntó: *¿Por qué las cosas ahora no funcionan?* Y, vestido de peregrino, bajó a la tierra, viajando de país en país para ver qué pasaba. El grano que usaban para la harina y el pan que comían no tenía sustancia, no se podía comer y era amargo. La gente se moría de hambre y estaba desesperada, pensando que Dios les había dado un año de falsas bendiciones. El ángel fue a quejarse ante Dios, pero Dios le dijo:

- *Mi querido aprendiz, debes aprender una verdad demasiado profunda para que puedas comprenderla fácilmente. La tierra debe ser azotada por los vientos y las tempestades para que las plantas se hagan fuertes y tengan la suficiente agua para crecer. Pero tú quisiste un año sin nubes y con buen tiempo todos los días y eso hizo que las cosechas fueran abundantes, pero con frutos sin sustancia y sin sabor. Hacían falta las tempestades para que cayera la lluvia y los campos se fertilizaran. Pues bien, eso mismo hace falta en la vida de los hombres. El dolor y los problemas de la vida son necesarios para fortalecer el alma. Un hombre, que nunca ha sufrido, no sabe lo que es el verdadero amor, pues amar es dar la vida por los demás, amar es servir y ayudar, es compartir y agradecer. Amar, en una palabra, es vivir para los demás, superando*

los vicios y las tentaciones como una planta que es zarandeada por el viento y regada por la lluvia de la tempestad. Hijo mío, aprende a luchar y a trabajar, porque sin esfuerzo ni sacrificio, no hay nada grande en la vida. Acepta a los demás como son y trata de hacerlos felices en todo momento.

Cuenta una leyenda que había en la India un cargador de agua que tenía dos grandes vasijas, que colgaban en los extremos de un palo, que llevaba encima de los hombros. Una de las vasijas tenía varias grietas, mientras que la otra era perfecta y conservaba toda el agua al final del largo camino a pie, desde el arroyo hasta la casa de su patrón; pero, cuando llegaba la vasija rota, sólo tenía la mitad del agua.

Durante dos años completos esto fue así diariamente. Desde luego, la vasija perfecta estaba muy orgullosa de sus logros. Pero la pobre vasija agrietada estaba muy avergonzada de su propia imperfección y se sentía miserable, porque sólo podía hacer la mitad de todo lo que se suponía que era su obligación. Después de dos años, la tinaja quebrada le habló al aguador diciéndole:

- *Estoy avergonzada y me quiero disculpar; porque, debido a mis grietas, sólo puedes entregar la mitad de mi carga.*

Pero el aguador le dijo:

- *Cuando regresemos a casa, quiero que notes las bellísimas flores que crecen junto al camino.*

Así lo hizo la tinaja y, en efecto, vio muchísimas flores hermosas a lo largo del camino. Entonces, el aguador le dijo:

- *¿Te diste cuenta de las flores tan hermosas? Siempre he sabido de tus grietas y quise sacar el lado positivo de ello. Sembré semillas de flores a lo largo del camino, por donde vas todos los días, regándolas. Por dos años, yo he podido recoger estas bellas flores para alegrar la casa de mi familia. Si no fueras exactamente como eres, incluidos tus defectos, no hubiera sido posible crear esta maravilla. El haberte comprendido y aceptado como eres ha hecho posible tanta belleza.*

Conclusión: acepta a los demás como son. Sé comprensivo con sus limitaciones y defectos y haz que desarrollen al máximo sus cualidades.

SIEMPRE ADELANTE

Decía la Madre Teresa de Calcuta: *Ten siempre presente que la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años... Pero lo importante no cambia. Tu fuerza y tu convicción no tienen edad. Tu espíritu debe ser siempre joven; pues detrás de cada línea de llegada, hay una línea de partida. Detrás de cada logro, hay un desafío.*

Mientras estés vivo, siéntete vivo. Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo. No vivas de fotos amarillas o de recuerdos pasados. Sigue, aunque todos te digan que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en ti. Haz que, en vez de lástima, te tengan respeto. Y, cuando por los años no puedas correr, trota. Cuando no puedas trotar, camina. Cuando no puedas caminar, usa el bastón. Pero NUNCA TE DETENGAS.

Un día, el burro de un campesino se cayó a un pozo. El animal se quejó durante largas horas. Finalmente, el campesino decidió que su burro estaba demasiado viejo y el pozo estaba seco, y necesitaba ser tapado de todas formas. Así que cogió una pala y se dispuso a tapan el pozo y, de paso, enterrar al burro. Pero el burro, a cada palada de tierra que echaba, se sacudía y daba un paso hacia arriba. Muy pronto, se quedó sorprendido el campesino de que el bu-

rro iba subiendo a medida que echaba tierra, hasta que al fin logró salir.

Eso mismo debes hacer tú: en vez de lamentarte de los problemas, debes sacudirlos y usarlos como un desafío para seguir adelante. Nunca quejarte y lamentarte inútilmente, debes servirte de los errores o dificultades como de una escalera para subir más arriba; aprender para el futuro y mejorar en lo venidero. No olvides nunca que los problemas pueden ser tu tumba, si eres pesimista, o una oportunidad para mejorar, si los ves con espíritu positivo.

Supérate con coraje y no te rindas jamás. Dios es tu Padre y está de tu parte, y quiere ayudarte en tu camino. Pídele ayuda. Pero no te quedes con los brazos cruzados. Haz algo. Lo importante no es vencer siempre, sino no desanimarse nunca.

No te des por vencido, ni aun vencido.

No te sientas esclavo, ni aun esclavo.

*Trémulo de pavor, piénsate bravo
y arremete feroz ya mal herido.*

*Ten el tesón del clavo enmohecido,
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo.*

*No la cobarde intrepidez del pavo,
que amaina su plumaje al primer ruido.*

*Procede como hombre, lucha y reza.
No llores por debilidad o cobardía.
Sé como el roble, cuya grandeza
necesita del agua y no la implora.*

*Sé valiente y serás grande. Lucha y ¡adelante!
Que, al final, llegará el triunfo
y Dios, que te mira desde el cielo,
te premiará tus trabajos y sudores. ¡Adelante!*

*Si piensas que estás vencido, lo estás.
Si piensas que no te atreves, no lo harás.
Si piensas que te gustaría ganar, pero que no
puedes,
es casi seguro que no lo harás.
Si piensas que perderás, has perdido ya.*

*En el mundo encontrarás
que el éxito comienza por la voluntad.
Todo depende de nuestra actitud mental.
Por eso, muchas carreras se han perdido
antes de haberse corrido.*

*Y muchos cobardes han fracasado
antes de haber comenzado la carrera.
Si piensas cosas grandes, llegarás a ser grande.
si piensas en pequeño, te quedarás atrás.*

*Piensa que puedes y podrás.
Tarde o temprano, el hombre que triunfa
es aquel que cree poder triunfar.
(Doctor Barnard)*

*Por eso, aunque te sientas cansado,
aunque el triunfo te abandone,
aunque el error te lastime,
aunque la traición te hiera,
aunque el dolor queme tus ojos,
aunque ignoren tus esfuerzos,
aunque la incomprensión corte tu risa,
aunque todo parezca imposible,
VUELVE A EMPEZAR.*

Toma tu vida con cariño entre tus manos y mira siempre adelante, sigue avanzando, no te detengas, no te desanimes. Dios te espera al final del camino y te está sonriendo, porque espera mucho de ti. No importa si el camino está lleno de espinas. ¡SIEMPRE ADELANTE! ¡Y SÉ AGRADECIDO!

AGRADECIMIENTO

El agradecimiento es una virtud que debemos practicar frecuentemente, pues tenemos muchas cosas que agradecer a Dios y a los demás. A este respecto, hay un cuento que dice que un hombre murió y se fue al cielo. Al llegar, san Pedro le comunicó:

- *Mira, como vas a vivir aquí por toda la eternidad, te voy a enseñar un poco el cielo para que lo conozcas.*

Lo llevó a una sala muy grande, donde había miles y miles de ángeles trabajando, y le dijo:

- *Aquí están recibiendo las peticiones de ayuda que vienen de la Tierra.*

Lo llevó a otra sala muy grande, donde también había miles de ángeles y le manifestó que allí estaban preparando los paquetes para conceder las peticiones recibidas.

Después le enseñó otra sala muy grande, pero allí sólo había un angelito, que parecía estar desocupado, porque estaba medio somnoliento. Y le dijo:

- *Esta es la sala donde se reciben las acciones de gracias por los beneficios recibidos en la*

Tierra. Como ves, son muy pocos los que dan gracias y, por eso, con un angelito es suficiente.

La moraleja es clara. Muchos piden y piden, muchos reciben beneficios permanentemente de Dios, pero pocos son los agradecidos.

Nosotros, por el contrario, debemos dar constantemente gracias a Dios, comenzando por la vida, la salud, la familia, el trabajo... Y, sobre todo, por el regalo inmerecido de la fe católica. También hay que dar gracias por el tiempo disponible de vida. Hay muchos que mueren jóvenes. ¿Cuántos años tienes tú? ¿Sabes agradecer y aprovechar bien el tiempo de vida que Dios te da? ¿O desperdicias el tiempo durmiendo demasiado o hablando demasiado o en cosas superfluas o inútiles?

Un excombatiente de Vietnam era querido por todos sus conciudadanos, porque siempre estaba dispuesto a ayudar. ¿Por qué tanta amabilidad? Porque en la guerra había tenido la misión de limpiar de minas los campos. Los del vietcong habían sembrado las minas entre la maleza y muchos soldados morían al pisar una piedra o mover una rama o un alambre. Él estaba destinado a detectar y desactivar minas. Era un trabajo peligroso y muchos de sus compañeros habían muerto en el intento. Allí aprendió

que cada paso podía ser la diferencia entre estar vivo o muerto. Se jugaba la vida entre levantar un pie y volver a posarlo en el suelo. Cada instante estaba lleno de vida, porque el siguiente podía estar lleno de muerte. En su trabajo, había aprendido a vivir con intensidad cada momento. Ése era su secreto para vivir bien: Vivir el presente, hacer bien lo que estaba haciendo. Ciertamente, la vida es como un campo de minas, donde en cada momento nos puede acechar la muerte y debemos estar preparados. ¿Valoras tú el tiempo de tu vida? ¿Eres agradecido? ¿Estás preparado para morir?

Pero hay muchas maneras de ser agradecidos. La maestra de una escuela les pidió a sus alumnos que dibujaran algo por lo cual estuvieran agradecidos. Pepito dibujó una simple mano. *¿De quién es esa mano?*, le preguntó la maestra; *¿la mano de Dios que te da de comer?* *No, es su mano, profesora.*

La maestra, de vez en cuando, les daba la mano a sus alumnos, porque eran pequeños y eso para Pepito significaba mucho, pues sentía el cariño de la profesora hacia él; y él estaba muy agradecido, porque no tenía mamá.

Una esposa contaba que ella estaba asistiendo a un curso de autoestima. El profesor le pidió que le dijera a su esposo que escribiera las seis cosas que,

según su criterio, ella debería cambiar. El esposo le dijo:

- *Déjame pensarlo y, mañana por la mañana, te las escribo.*

Pero, al día siguiente, después de pensarlo bien, en vez de escribir las cosas que no le gustaban de ella, pidió a una florería que le enviara seis rosas rojas con una nota que decía:

- *Querida esposa, no se me ocurre nada que deberías cambiar. Te quiero tal como eres.*

Cuando el esposo llegó a casa por la tarde, ella lo esperaba en la puerta y le contó que las otras mujeres le habían manifestado que lo que él había hecho era lo más hermoso que habían visto, pues aceptarla como era, era una bella manera de decirle que la amaba y de estar agradecido.

Realmente es hermoso reconocer los regalos recibidos y ser agradecidos. ¡Cuánto podemos dar! ¡Cuánto podemos amar! ¡Cuánto podemos hacer felices a los demás con pequeños detalles!

Una vez, un niño pequeño se propuso conocer a Dios. Pensó que tendría que hacer un largo viaje

y preparó su mochila con empanadas y botellas de leche chocolatada...

Después de salir de su casa, a unos cien metros, se encontró con una viejecita sentada en el parque, observando las palomas. Estaba a punto de tomar un poco de leche, cuando notó que la viejecita parecía hambrienta y le ofreció tomar de su leche. Ella, agradecida, aceptó y le sonrió. Su sonrisa era tan hermosa que el niño quiso verla otra vez y le ofreció un poco de pan con mantequilla. Ella le sonrió una vez más.

El niño estaba encantado. Así se pasaron toda la tarde, comiendo y sonriendo, aunque hablaron poco. Cuando ya oscurecía, el niño se dio cuenta de que estaba cansado y decidió ir a su casa. Y se despidió de la viejecita con un fuerte abrazo. Ella le sonrió con la mejor de sus sonrisas... Cuando el niño abrió la puerta de su casa, a su madre le sorprendió su alegría. Ella le preguntó: *¿Qué has hecho hoy para estar tan contento?* Él respondió: *Hoy almorcé con Dios. Y ¿sabes qué? ¡Tiene la sonrisa más hermosa que he visto!*

Mientras tanto, la viejecita, llena de alegría, regresó a su casa. Su vecina la vio tan alegre que le preguntó: *¿Qué ha hecho usted hoy que está tan*

contenta? Ella respondió: Hoy almorcé con Dios en el parque. ¿Sabes? ¡Es mucho más joven de lo que yo pensaba!

Conclusión: ¡Qué fácilmente podemos hacer felices a los demás, aun con una simple sonrisa! Por eso, seamos positivos y veamos siempre el lado positivo de las cosas con agradecimiento.

Una vez, un niño fue con su padre a visitar unas grutas maravillosas, y el niño gritó: *¡Qué horrible!* Y el eco repitió: *¡Qué horrible!* Entonces, el papá gritó: *¡Maravilloso!* Y el eco repitió: *¡Maravilloso!* La vida es algo así como el eco, te devuelve lo que dices o haces. Si deseas más amor, da más amor. Si deseas felicidad, da felicidad. Si quieres que te sonrían, sonríe tú primero. Si eres bueno y tienes paz en tu corazón, irás contento por la vida, diciendo a todos, sin palabras: *Vale la pena vivir. Vale la pena ser agradecido. Vale la pena vivir, amando a Dios y a los demás.*

Que tu vida sea un regalo de Dios para los demás y que, al morir, puedas tener el corazón lleno de amor y lleno de nombres, a quienes has ayudado a ser más felices en este mundo. Y Dios te bendecirá y se sentirá contento y te dirá: *Gracias, hijo mío. Te felicito.* Por eso, sé agradecido a Dios, aun en medio de tus problemas y sufrimientos.

EL SUFRIMIENTO

El sufrimiento es un gran medio de superación personal. El sufrimiento es un tesoro que Dios pone en nuestras manos para santificarnos. Es como una escalera que nos ayuda a acercarnos más a Él.

De hecho, el sufrimiento, queramos o no, es parte integrante de la vida humana. No hay nadie que, tarde o temprano, no participe de él.

Por eso, debemos aprender a llevar la cruz de cada día y saber ofrecérsela con amor a nuestro Padre Dios. Como decía el poeta, padre Juan B. Bigazzi:

*Mi dolor es una llavecita de oro;
aunque sea pequeña, me abre un gran tesoro.
Es cruz, sí, mi llave, pero es cruz de Cristo.
Y, cuando la abrazo, voy con Jesucristo.
No he contado nunca los días de cruz,
pues sé que en su pecho los guarda Jesús.
Vivo simplemente momento a momento
y el día así vuela como hoja en el viento.
Sé que desde el cielo, mirada mi vida,
será apenas gota de lluvia caída.
Pasará la vida, víspera de fiesta.
Morirá la muerte... Sólo el cielo resta.
Aún faltan dos lágrimas amargas de llanto...,
después, junto a Dios, será eterno el canto.*

Un ejemplo. *A mis veintinueve años, me sentía sumamente desdichada. Había tenido diez embarazos en diez años y era madre de cinco hijos. Me sentía frustrada, enjaulada, atrapada. Y comencé a buscar la felicidad por caminos equivocados. Una noche estaba sentada en la playa y comencé a llorar. Toda mi vida pasó delante de mí y pensé: «Dios mío, qué desdichada soy. No sé lo que necesito, pero te pido que me ayudes a comenzar una nueva vida».*

Esto ocurría un martes a las siete de la tarde. A las siete de la tarde del día siguiente, comencé la nueva vida. Nuestro hijo de once años murió ahogado frente a nuestra casa. Yo estaba en la playa con mi esposo y tuve el terrible presentimiento de que algo malo sucedía. Acababa de decirle a mi esposo que estaba muy asustada, cuando oí un grito: Nuestro hijo Graham había fallecido. Fue una muerte repentina. Se estrelló contra el muelle. Sin embargo, en aquel momento, comprendí que tenía que tomar una decisión. En aquel momento, supe que aquello podía destruirme. Pero comprendí también que había un Dios que me amaba y que no me abandonaba³.

³ Madre Angelica, *Respuestas, no promesas*, Ed. EWTN, 1998, p. 204.

Diana optó por aferrarse a Dios en aquel momento de dolor y Dios no la defraudó. Por supuesto que tuvo la ayuda de muchas personas buenas que la apoyaron con su ayuda y su oración. Tuvo la ayuda de una Comunidad cariñosa que la ayudó a superar la pérdida de su hijo. Pero Dios se sirvió de aquella tragedia para acercarla a Él y llenar su vida de bendiciones. Diana ahora es una de las directoras de un centro de oración, donde ayuda a millares de personas con su amor y comprensión. En su vida, el poder de Dios ha triunfado sobre la tragedia. Dios permitió la muerte de su hijo para acercarla a Él y demostrarle todo su amor.

Por eso, en los momentos de sufrimiento, recuerda que Jesús está a tu lado y te dice:

Si nadie te ama, mi alegría es amarte.

Si lloras, estoy deseando consolarte.

Si eres débil, te daré mi fortaleza.

Si nadie te necesita, yo te necesito.

Si estás cansado, yo te haré descansar.

Si pecas, yo te perdono.

Si me hablas, te escucho.

Si estás a oscuras, soy lámpara para tus pasos.

Si tienes hambre, yo soy el pan de vida.

Si no tienes a nadie, me tienes a mí.

Si tienes miedo, yo te tomaré en mis brazos.

Él te dice: *Yo nunca te dejaré ni te abandonaré* (Josué 1, 5). *No tengas miedo, solamente confía en Mí* (Mc 5, 36). *Porque en Él recibimos seguridad y confianza para acercarnos a Dios* (Ef 3, 12). *Por tanto, acerquémonos con confianza al Dios de la bondad. Él tendrá piedad de nosotros y nos recibirá en el momento oportuno* (Heb 4, 16).

Y ahora dile con el poeta Calderón de la Barca:

*¿Qué quiero, mi Jesús? Quiero quererte.
Quiero cuanto hay en mí del todo darte,
sin tener más placer que el de agradarte,
sin tener más temor que el de ofenderte.*

*Quiero olvidarlo todo y conocerte.
Quiero dejarlo todo por buscarte.
Quiero perderlo todo por hallarte.
Quiero ignorarlo todo por saberte.*

*Quiero, amable Jesús, quiero abismarme
en ese dulce abismo de tu herida
y en tus divinas llagas abrasarme.
Quiero morir a mí para vivir tu vida.
Perderme en ti, Jesús, y no encontrarme.*

IMPORTANCIA DE LO PEQUEÑO

¿Qué tendrá lo que es pequeño
que a Dios siempre tanto agrada?
Gotitas forman los mares
con sus paisajes de plata.
Puntitos llenan el cielo
en una noche estrellada.
De unos granitos de trigo
se hace un Dios en la hostia santa.
Gotitas... puntos... granitos...
¿Qué hay más pequeño? Nada.
Y ¿qué hay más grande y sublime
que el mar con sus olas bravas,
el cielo con sus misterios
y Dios a quien nadie alcanza?
¿Qué tendrá lo que es pequeño
que a Dios siempre tanto le agrada?
Pensemos, por ejemplo, en la sonrisa.

Una sonrisa no cuesta nada y vale mucho.
Enriquece a quien la recibe
sin empobrecer a quien la da.
Dura sólo un instante,
pero el recuerdo puede ser eterno.
Nadie es tan rico que no la necesite
ni tan pobre que no pueda darla.
Una sonrisa ofrece descanso al cansado
y al desalentado renueva el coraje.

La sonrisa no se puede comprar
ni robar ni prestar,
porque sólo tiene valor
desde el instante en que se dona.
Y, si alguien no os quiere regalar su sonrisa,
sed generosos en darle la vuestra,
porque nadie es tan necesitado de una sonrisa
como quien no sabe darla a los demás.

La sonrisa es la distancia más corta entre dos personas. Practica la caridad de la sonrisa y sonríte siempre, porque Dios te ama.

Con frecuencia, no son grandes cosas lo que Dios nos pide, sino hacer las pequeñas cosas de cada día con mucho amor, es decir, hacer las cosas ordinarias de modo extraordinario.

Por ejemplo, la oración. Hay una hermosa poesía de José María Pemán sobre el fraile lego, el que más sirve y ayuda a los demás. Se titula *La balada del lego*. Y dice así:

*Era ya la tarde y estaban las nubes
perfiladas de rayos de sol,
cuando iba el buen lego con su cantarillo
por la veredica, bendiciendo a Dios.*

*El misterio grave de la hora dorada,
lleno de agrio aroma de prados en flor
se le entró en el alma llenándola toda
con su turbación.*

*Se sintió pequeño como aquel polvillo
donde iba posando su planta... y pensó:
¿Qué haré yo, granito de arena en el mundo,
para ser grato a los ojos de Dios?*

*Fray Andrés, disciplina su cuerpo
sin tenerle piedad. Fray Zenón,
atruena el convento cantando maitines
con hermosa voz.*

*Fray Tomás se pasa las horas inmóvil,
levantado en arrobos de amor
y ni advierte las tres campanadas
con que la campana llama a colación...*

*Al lado de aquellos excelsos varones
¿qué hará el buen lego por ser grato a Dios?
Y con santa envidia murmuran sus labios
Fray Andrés, Fray Tomás, Fray Zenón.*

*Y sus ojos buscando respuesta
para aquellas dudas de su corazón
se hunden en la tarde que muere, sangrando
los últimos rayos bermejos de sol.*

*Todo es paz y orden. Unos tordos vuelan
con pausados giros. Camina un pastor.
Gime una carreta. Corre un arroyuelo.
Todo deletrea como una canción.*

*La oración de las cosas sencillas
que obedecen humildes a Dios.
Y el buen lego descifra en su alma la revelación
del arroyo, las hojas, las aves y el sol.*

*Todo cumple su fin mansamente.
Todo sigue un mandato de amor.
El llano lo mismo que el pico empinado
que no está por eso, más cerca de Dios.*

*Y el buen frailecito siente que en el alma
se le ha entrado un rayo, muy claro, de sol.
De pronto, recuerda que es tarde y ya es hora
de limpiar los platos de la colación.*

*Y apretando el paso, con simple alegría,
corre que te corre... ¿Qué más oración,
que ir mansamente por la veredica
con el cantarillo bendiciendo a Dios?*

¿Estás tú dispuesto a bendecir y alabar a Dios
en cada instante de tu vida por todo lo que te regala?
¿Estás dispuesto a amar a todos en cada momento?

La poetisa Isabel Reyes Carrillo escribía:

*Podemos con tan poco
disipar el sufrir
y empezar nuevamente
a aprender a reír.*

*¡Ah! si tú conocieras
la alegría de dar..
Mira, es la forma
más hermosa de amar.*

*¡Tanto se puede dar!
¡Tanto se puede hacer!*

*Al hombre que pasa,
tú lo puedes querer.
A la mujer que sufre,
la alegra tu reír.*

*Al hombre que trabaja,
lo anima tu cantar,
y tú puedes cantar
y tú puedes reír
y tú puedes querer.*

*¿Ves qué fácil tarea?
Sí, la puedes hacer.
Esfuézate en reír
y olvida tu llorar.*

*Regálate a ti mismo
la alegría de dar,
la alegría de amar.*

El poeta Amado Nervo decía:

*¿Por qué empeñarse en saber,
cuando es tan fácil amar?
Dios no te manda entender,
no pretende que su mar
sin playas, pueda caber
adentro de tu pensar.*

*Dios sólo te pide amor;
dale todo el tuyo, y más,
siempre más, con más ardor,
con más ímpetu... ¡Verás,
cómo amándolo mejor,
mejor, lo comprenderás!*

Haz de tu vida una canción de amor, una canción con las pequeñas cosas de cada día. No esperes a hacer grandes cosas. Vive el momento presente con amor y con ilusión. Haz bien lo que haces. No hagas las cosas a medias. Hazlo todo por amor a Dios, como si fueras un arroyito pequeñito que va caminando hacia el mar infinito de Dios, que te espera en la eternidad. Así decía el poeta Victorino del Castillo:

*Arroyito, chiquito,
de aguas finas, cristalinas,
saltarán, murmurador..*

*Arroyito chiquitito,
tus agüitas tan claritas,
¿dónde llevan su canción?*

*De la sierra salto al llano
y mis aguas llevo ufano
a mi hermano, que es mayor.*

*Con mi hermano de la mano,
voy cantando mi cantar,
mientras vamos despacito
caminito de la mar⁴.*

¿Conoces la parábola del arroyito? Había una vez un arroyito de agua venida de la montaña, engendrada en la inmensidad de sus hondas entrañas por el deshielo de las nieves de las cumbres, tan pequeño era el arroyito de agua que le quedaban grandes los nombres altivos como manantial, fuente, arroyo e, incluso, le sobraba el de riachuelo.

Pero él seguía manando silencioso y fiel, ofreciendo al caminante la posibilidad de calmar su sed. Ni las piedras ni la espesa tierra podían impedir que fluyera con su humilde fuerza, serenamente vigorosa. Nadie podía impedir que siguiera corriendo y regando las orillas del camino con su frescor de vida. Su fuerza no estaba en la grandiosidad o poderío de

⁴ Lecturas comentadas, Ed. Edelvives, 1990, p. 86.

su caudal, sino en la sencilla y audaz constancia de su entrega. Siempre se abría paso, porque venía de las entrañas de la tierra. Alguien diría que tenía su origen en el corazón de Dios.

Pues bien, de las entrañas profundas de tu corazón humano, donde está Dios, también fluye hacia los que te rodean un arroyito de bondad, que debes cuidar para que nunca se contamine con envidias, iras, celos, egoísmos o soberbia. Deja que el agua de tu fuente profunda siga fluyendo y calmando la sed de amor y alegría de los demás. Ayúdalos a ser felices, vive para los demás, no pienses tanto en ti mismo. Dales el agua de tu fuente, porque es agua de Dios, que te la da para que la repartas a los demás y les alegres la vida. Un día, Dios te pedirá cuenta de esa agua y ¡qué tristeza para Él, si se da cuenta de que te la has apropiado sólo para ti o la has contaminado y, en vez de calmar la sed de los caminantes, los has ensuciado con el barro de tu egoísmo!

Amar es la mejor manera de vivir.

LA HUMILDAD

La humildad es la base de todas las virtudes, es como el fundamento de toda la vida espiritual. Sin humildad nadie puede ser bueno. Pues toda obra buena se basa en la humildad y todo pecado tiene mucho de soberbia. Ahora bien, la verdad y la humildad están íntimamente unidas. No puede haber humildad sin verdad. Por eso, santa Teresa de Jesús decía: *Humildad es andar en verdad*. Y san Agustín afirmaba: *No construyas otro camino para buscar y hallar la verdad que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios. Ese camino es: primero, humildad; segundo, humildad; tercero, humildad. Si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones..., si hacemos algo bueno en lo que vanamente nos gozamos, todo queda arruinado por la soberbia* (Epist 118, 22; PL 33, 442).

Y decía el mismo santo: *La humildad responde de la verdad, y la verdad de la humildad* (Sermón 183, 4; PL 38, 999). *La humildad es propia de los grandes. La soberbia en cambio es la falsa grandeza de los débiles... El humilde no puede dañar; el soberbio no puede no dañar* (Sermón 353, 2; PL 39, 1561).

La humildad es la base de toda oración a Dios, pues debemos reconocer, como decía san Agustín,

que el hombre es un mendigo de Dios (Sermón 56, 6, 9). De ahí que *la humildad es la base de la oración* (Cat 2559). Sin humildad, no puede haber verdadera oración a Dios.

Por eso, es tan importante iluminar nuestra vida y la de los demás con la luz de la humildad y de la oración. El Papa Juan XXIII contaba del día de su elección al Pontificado: *Cuando me invitaron a bendecir a los fieles de la plaza de san Pedro, cerré los ojos y bajé la cabeza. Mientras atravesaba el Aula de las bendiciones, atestada de gente que me aclamaba, entre tantos gritos me pareció distinguir una voz conocida, que me susurraba: «Angelito, sé humilde, sé humilde, sé humilde». Tres veces me repitió aquellas palabras. ¿Saben de quién era aquella voz tan bella? Era la voz de mi madre. Y un hijo, aun cuando lo elijan Papa, debe escuchar los consejos de su mamá.*

Y el mismo Papa Juan XXIII decía: *En mi casa éramos pobres, pero éramos felices. No teníamos nada; pero, si pasaba un pobre, siempre había un puesto para él en la mesa. No teníamos nada, pero no faltaba en nuestra casa el canto. No teníamos nada, pero teníamos todo: Dios estaba en nuestra casa*⁵.

⁵ Comastri Angelo, *Non uccidete la libertà*, Ed. San Paolo, 2005, p. 128.

Algo parecido nos cuenta la Madre Teresa de Calcuta: *Dos de mis hermanas murieron a tierna edad y mi padre fue asesinado, cuando yo tenía nueve años. Entonces, la miseria, antes desconocida, entró en la casa. Pero todo fue superado porque en mi familia se oraba. Por eso, siempre reinó la paz, el optimismo, la generosidad y la alegría de vivir. La plegaria en familia es algo maravilloso. Cuando se ora, hasta el rostro se hace más bello*⁶.

Monseñor Angelo Comastri dice: *Un día me encontré en Loreto a una mamá con dos niños enfermos mentales. La saludé y acaricié a sus hijos. Ella me dijo con cierto orgullo: «Padre, son mis hijos y para mí son los más hermosos del mundo. Rezo a la Virgen para que me dé fuerzas para ser una buena mamá hasta el fin. Sólo esto deseo»*⁷.

La oración y la humildad van unidas junto con la alegría de Dios. El padre Mateo Crawley, apóstol mundial de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, se encontró un día por la calle a un indígena chileno que era carbonero y que apenas conocía algo de Catecismo. No sabía ni el padrenuestro ni el avemaría. El padre Mateo le preguntó: *¿Cómo le rezas a Dios?* Y el indígena respondió: *Por las mañanas*

⁶ ib. p. 138.

⁷ ib. p. 139.

le digo: Señor Jesús, tu costal de carbón está listo para trabajar, ayúdame. Dice el padre Mateo que tuvo la tentación de arrodillarse ante aquel hombre humilde, que se sentía un costal de carbón para Dios.

La famosa sicóloga norteamericana, de origen suizo, Elisabeth Kübler Ross dice: *Llegó un momento en mi vida en que me di cuenta de que había traído dos hijos al mundo, les había dado todo el bienestar, una buena educación, pero eran soberbios y estaban vacíos por dentro, vacíos como una botella de cerveza recién bebida. Entonces, me dije a mí misma, que debía hacer algo que no fuese solamente darles cosas materiales.*

De acuerdo con mi esposo, tomamos como huésped en mi casa a un anciano de 74 años, al cual los médicos habían diagnosticado dos meses de vida. Quería que mis hijos estuvieran cerca de él en su momento final, quería que viesen y tocaran por sí mismos la experiencia más importante de la vida: La muerte.

El huésped no sólo vivió dos meses, vivió dos años y medio. Era tratado en todo como un miembro más de la familia. Aquella experiencia dio a mis hijos una increíble riqueza espiritual. En aquel desconocido, que fue acogido para morir entre nosotros, descubrieron un nuevo sentido para su vida y

maduraron mucho (haciéndose más humildes). *Aquel pobre anciano nos había dado mucho más de lo que nosotros le habíamos dado a él*⁸.

Es bueno conocer la muerte para conocer la vida. Es importante darnos cuenta de lo poco que somos humanamente y de lo frágil que es la vida para que no seamos soberbios y podamos vivir humildemente agradecidos a Dios por cada momento de nuestra existencia, sin tratar de acumular tesoros en este mundo.

Un día un turista fue a visitar a un maestro espiritual y quedó estupefacto al ver que su casa sólo tenía una estancia llena de libros con una mesita y un banco, que eran sus únicos muebles. Y le preguntó:

- *Maestro, ¿dónde tienes tus muebles?*
- *Y los tuyos, ¿dónde están?*, replicó el maestro.
- *¿Los míos? Yo estoy de paso.*
- *Yo también*, respondió el maestro.

⁸ ib. p. 137.

Por eso, no hay que pensar tanto en tener y tener cosas materiales. No hay que alardear de lo que somos o tenemos. Hay que vivir para la eternidad y ser humildes.

Un día, dice un autor, caminaba con mi padre, cuando él se detuvo en una curva; y, después de un pequeño silencio, me preguntó:

- *Además del cantar de los pájaros, ¿escuchas algo más?*
- *El ruido de una carreta.*
- *Sí, es una carreta vacía.*
- *¿Cómo sabes, papá, que es una carreta vacía, si no la vemos?*
- *Es muy fácil saber si una carreta esta vacía por el ruido. Cuanto más vacía va, mayor es el ruido que hace.*

A lo largo de mi vida, pensando en la carreta vacía, he comprendido que hay muchos hombres que van por la vida hablando demasiado, interrumpiendo la conversación de los otros, presumiendo de lo que tienen, menospreciando a la gente. Entonces, pienso en la carreta. Hay demasiada gente que está vacía por dentro y necesita hablar y estar en medio

del ruido para acallar su conciencia, porque están vacíos. No tienen tiempo para pensar, ni para leer y no pueden soportar el silencio para reflexionar y hablar con Dios. Por eso, la humildad es la virtud que consiste en callar las propias virtudes y permitirles a los demás descubrirlas.

Para concluir este capítulo, quisiera contarles la fábula del caballero de la armadura. Tenía una armadura tan brillante y hermosa que, al pasar la gente creía que era una especie de ángel en la tierra, pues el sol se reflejaba con fuerza en su armadura, irradiando a todos la luz del sol. Y siempre que había una batalla, iba en primera fila, con su armadura brillante, siendo la admiración de todo el mundo. Quería ser siempre el primero y ser admirado por todos. Así se hizo un gran soberbio y se enamoró de tal modo de su armadura que, aunque no hubiera batalla, se la ponía a todas horas para que todos la vieran. Con el tiempo, no se la quitaba ni para dormir, pues le daba seguridad y fomentaba su soberbia. Pero la armadura se empezó a oxidar y a infectarle las heridas que tenía; así murió víctima de su propia armadura y de su propia soberbia. La conclusión es clara, si tenemos algo de qué enorgullecernos, demos gracias a Dios, que nos lo ha regalado y seamos siempre humildes para amar a Dios y servir a los demás.

AMAR Y COMPARTIR

Amar es compartir y compartir es amar. Amar es servir y ayudar desinteresadamente a los demás. Y también es agradecer y perdonar y buscar siempre hacer felices a los que nos rodean. El amor da sentido a la vida, pues sin amor nada tiene sentido y la vida estará triste y vacía como un río sin agua. Decía la poetisa Gabriela Mistral:

Toda la naturaleza es un anhelo de servir. Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco. Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú; donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú; donde haya un esfuerzo que todos esquiven, acéptalo tú. Sé el que apartó la piedra del camino, el odio de los corazones y las dificultades del problema. Porque existe la gran alegría de servir. ¡Qué triste sería el mundo si todo estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender!

Que no te llamen solamente los trabajos fáciles. ¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan! Pero no caigas en el error de que sólo se hace mérito con los grandes trabajos; hay pequeños servicios que son inmensos servicios, adornar una mesa, ordenar unos libros, peinar un niño...

*Y Dios te preguntará cada día: ¿Serviste hoy?
¿A quién? ¿Al árbol, al amigo, a tu madre?*

El famoso cardenal Henry Newman afirmaba: *Nacemos para servir, para ser instrumentos en manos de Dios. No pidamos ver, no pidamos saber, simplemente pidamos ser útiles..., porque quien no vive para servir, no sirve para vivir.* Y Tagore, el gran poeta hindú, decía: *Soñé que la vida era alegría. Desperté y vi que tenía que servir. Serví y vi que servir es alegría.*

A este respecto, hay una historia muy antigua que dice que había una vez un zapatero que vivía solo en una casita, porque su mujer y su único hijo habían fallecido. Por todo esto, él estaba enojado con Dios y, lo que es peor, le era indiferente. Cierta día, llegó a la casa de Martín un sacerdote para que le hiciera una funda de cuero para su Biblia. Y para que hiciera bien su trabajo, le dejó la Biblia para que tomara las medidas. Esa noche, después de cenar, sintió la necesidad de abrir la Biblia y leyó Mt 25, 31-46, sobre el juicio final. Cuando terminó de leerla, se quedó profundamente dormido y soñó. En el sueño, Dios le habló y le dijo:

- *Martín, mañana voy a visitarte.*

Al despertar, se sintió nervioso, pero contento. Dios iría a visitarlo y quiso prepararle un digno recibimiento. Desayunó y se puso a limpiar y ordenar todo. Al poco tiempo, golpeó la puerta un anciano, que estaba cansado de tanto caminar. Martín lo hizo pasar y le ofreció un mullido sillón y le sirvió un té. El anciano, después de haber descansado, se lo agradeció y se fue.

Al poco tiempo, golpearon nuevamente la puerta. ¡Es el Señor!, pensó Martín. Pero, al abrir, sólo vio a una mujer con su bebé en brazos, que venía a pedirle en nombre de Dios un poco de comida. Martín la hizo pasar y le dio de comer y calentó leche para el bebé.

Después de comer, se lo agradecieron y se fueron. Martín seguía esperando la visita del Señor. Miró por la ventana y vio un niño de la calle con su ropa rota y sucia. Entonces, buscó entre sus cosas y le dio la mejor ropa que guardaba de su hijo. Y siguió preparando la visita. Pero llegó la noche y el Señor no había llegado. Entonces, se quedó dormido y soñó. En el sueño se le presentó Jesús y él le dijo:

- *Señor, he estado todo el día esperándote. Me has fallado.*

- *¿Cómo? Fui a tu casa, no una, sino tres veces. Una vez, vestido de anciano, la otra en forma de madre con su bebé y, por último, como niño de la calle. ¿No te acuerdas de que todo lo que haces a mis hermanos, me lo haces a mí?*

En esto despertó Martín. Estaba alegre como nunca, porque había descubierto que a Dios se le encuentra, ayudando y sirviendo a los demás.

Hay un cuento que habla de un hombre que se sentó un día al borde del camino y se quedó dormido. La rama de un árbol le cayó encima y lo dejó herido hasta el punto de perder la memoria. No sabía quién era, no sabía su nombre ni qué hacía allí ni cuánto tiempo llevaba durmiendo. Comenzó a deambular y se preguntaba una y otra vez: *¿Quién soy yo?, ¿quién soy yo?*

Le preguntó a un pájaro que estaba posado en una rama y el pájaro le respondió:

- *Tú eres un ser humano, fuiste creado para cantar y has olvidado tu canto. Fuiste creado para volar, pero vives arrastrando tu existencia sin saber para qué vives. Vives sin rumbo y tu vida no tiene sentido.*

Seguía desconcertado. Al llegar la noche le preguntó a las estrellas:

- *¿Quién soy yo?*

Y las estrellas empezaron a reír sin decir ni una palabra.

Pasó junto a un manantial y preguntó:

- *¿Quién soy yo?*

Y el agua cristalina le mandó un beso de amor con el reflejo de la luz del sol. Él también se acercó a besar el agua brillante y pura. Y se sintió contento y se puso a cantar. Entonces, los pájaros se unieron a su canto, cantando alegres melodías. Y comenzó a reír y las estrellas se unieron a sus risas. Y parecía que toda la naturaleza estaba de fiesta. Y él seguía riendo y cantando, enviando besos de amor a todas las cosas. De pronto, llegó a una aldea y, de una casita pobre junto a un prado, salió una mujer corriendo hacia él con tres niños tras ella. Aquella mujer se le echó al cuello y le dijo entre lágrimas:

- *Estábamos preocupados. Hace varios días que te estábamos esperando.*

Y los tres niños se abrazaron a sus pies, diciéndole: *Papá, papá...*

Entonces, comenzó a recordarlo todo. Tenía una esposa y tres hijos y se llamaba Juan. Pero lo más importante era que había aprendido una gran lección. Ahora entendía que su vida no era una existencia oscura y vacía. Ahora sabía que su vida tenía una dimensión universal y que no debía vivir sin cantar ni reír y, sobre todo, sin amar a todas las personas.

A partir de ese día, se dedicó a hacer el bien a todo el mundo, sonriendo a todos y procurando hacer felices a los que encontraba en su camino. Para él ahora la vida era una cotidiana oración, pues todo lo hacía por amor, alegrando la vida de los demás.

Nuestra vida no puede estar aislada de los otros. Nuestra vida está unida inexorablemente a los demás. Por eso, decía Charles Peguy: *Debemos salvarnos juntos. Debemos llegar juntos a la casa del Padre. No vayamos a encontrarnos junto a Dios, estando los unos separados de los otros. Debemos pensar un poco en los otros, debemos trabajar un poco por los otros, ¿qué nos diría Dios, si llegásemos hasta Él, los unos sin los otros?*

Decía un poeta:

*No sabemos, si estamos destinados
a ser río caudaloso
o si hemos de parecernos
a la gota de rocío,
que envía Dios en el desierto
a la planta desconocida;
pero, más brillante o más humilde,
nuestra obligación es cierta:
no estamos destinados
a salvarnos solos.*

Por todo esto, es importante compartir nuestras cosas con los demás, pues Dios nos ha dado los bienes para aprovecharnos nosotros en primer lugar, pero también para ayudar con ellos a los demás. Decía el poeta José María Pemán:

*Compartir quiero mis días
con otras almas hermanas
y partir mis alegrías
que en lo que tienen de humanas,
tan suyas son como mías.*

*Abrir a todos mis brazos
y consolar sus pesares
y entre risas y cantares
darles la vida a pedazos.*

*Y, al fin, rendido quisiera
poder decir cuando muera:
Señor, yo no traigo nada
de cuanto tu amor me diera...*

*¡Todo lo dejé en la arada
en tiempos de sementera!
Allí sembré mis ardores,
vuelve tus ojos allí,
que allí he dejado unas flores
de consuelos y de amores.
¡Y ellas te hablarán de mí!*

Algo muy importante también es ser siempre positivo y tener la idea clara de hacer felices en todo momento a los otros. Y, de esta manera, también nosotros encontraremos la felicidad, al hacer felices a los demás. Hay un cuento que habla de que en un pueblo pequeño y lejano había una casa abandonada. Cierta día, un perrito, buscando refugio, logró meterse por un agujero de una de las puertas de la casa. El perrito subió lentamente las viejas escaleras de madera. Al terminar de subirlas, se encontró con una puerta semiabierta. Lentamente, se adentró en la habitación y vio que había mil perritos más, observándolo fijamente como él los observaba a ellos. El perrito comenzó a mover la cola y a levantar sus orejas un poco. Y los mil perritos hicieron lo mismo. Después, sonrió y ladró alegremente a uno de ellos.

El perrito se quedó sorprendido al ver que los mil perritos también le sonreían y ladraban alegremente con él. Cuando el perrito salió de la habitación, pensó para sí mismo:

- ¡Qué lugar tan agradable! Voy a venir más seguido a visitarlo.

Tiempo después, otro perrito entró por el mismo agujero y entró a la misma habitación. Pero este perrito, al ver a los mil, se sintió amenazado, ya que le estaban mirando de manera agresiva, y empezó a gruñir. Y los otros mil perritos también gruñeron como hacía él. Comenzó a ladrarles ferozmente y los otros hicieron lo mismo. Cuando el perrito salió de aquel lugar, pensó:

- ¡Qué lugar tan horrible es éste! Nunca más volveré a entrar aquí.

Enfrente de la casa había un viejo letrero que decía: *Casa de los mil espejos*. Nuestra vida es como esa casa de los espejos. Si nosotros sonreímos, la vida nos sonríe; si le ponemos mala cara, nos pone mala cara. ¿Qué preferimos? ¿Reír o llorar? ¿Sonreír o amenazar? Ya hace muchos años que decía san Juan de la Cruz: *Donde no hay amor, pon amor y cosecharás amor*. Igualmente podríamos decir: Donde no hay amor, ama desinteresadamente, sonríe, sirve,

ayuda..., y los demás te amarán y te ayudarán y te sonreirán.

Y, yo diría: donde falta Dios, pon a Dios y habla de Dios para que los demás lo encuentren a través de ti. Decía Antoine de Saint-Exupery: *Estoy profundamente triste. Me siento triste por mi generación que, no habiendo conocido otra forma de vida que la del bar y las matemáticas..., se encuentra hoy en una situación estrictamente gregaria, sin vitalidad alguna. El hombre se muere de sed. En el mundo no hay más que un problema y solamente uno: devolver a los hombres el significado espiritual, para que tengan inquietudes espirituales. Hacer llover sobre ellos algo que se parezca al canto gregoriano... Es imposible vivir de refrigeradoras, de política, de balances y de crucigramas. Ya no se puede. No se puede seguir viviendo sin poesía, sin color, sin amor... Ya no queda otra voz que la del robot de la propaganda... Por eso, no hay más que un problema, uno solo: volver a descubrir que existe una vida del espíritu más elevada todavía que la vida de la inteligencia, y que es la única que satisface al hombre.*

LA SOLIDARIDAD

Una virtud importante en la vida es la solidaridad. *Es una virtud eminentemente cristiana. Es el ejercicio de comunicación de bienes espirituales, aún más que comunicación de bienes materiales* (Cat 1948). Hay que saber compartir lo que tenemos, pues todo es un don de Dios que nos lo ha dado, en primer lugar, para satisfacer nuestras propias necesidades y, en segundo lugar, para ayudar a los demás; y esto no sólo en cosas materiales, sino también en bienes espirituales, intelectuales, etc.

Veamos el ejemplo del espantapájaros. Una vez un gorrión voló sobre un huerto, buscando encontrar comida. El espantapájaros, al verlo, quiso ahuyentarlo, pero el gorrión se posó en un árbol vecino y le dijo:

- *Déjame coger un poco de trigo para mis hijos.*
- *No puedo.*

Pero tanto le dolió al espantapájaros ver sufrir al pobre gorrión que, al fin, le dijo:

- *Puedes coger mis dientes, que son de trigo.*

Y el gorrión agradecido besó su frente de calabaza.

Otro día, vino un conejo hambriento, buscando una zanahoria. Y el espantapájaros se compadeció de él y le ofreció su propia nariz de zanahoria.

Una mañana apareció un gallo, buscando comida y le dijo:

- *Toma mis ojos, que son granos de maíz.*

Poco después, vino un mendigo que tenía frío y le ofreció su propio vestido. Más tarde, notó que alguien lloraba junto a él. Era un niño que buscaba comida para su madre.

- *Pobre niño, te doy mi cabeza, que es una hermosa calabaza.*

Al día siguiente, al regresar el labrador a su huerto, se enfadó mucho por el autoexpolio del espantapájaros y le prendió fuego. Los amigos del espantapájaros, al ver cómo ardía, se acercaron y amenazaron al labrador; pero, en aquel momento, cayó al suelo algo: su corazón de pera. Entonces el hombre, riéndose, se lo comió, diciendo:

- *¿Creíais que el espantapájaros os había dado todo? Pues esto me lo como yo.*

Pero, al comer la pera, su corazón cambió para siempre y les dijo a todos:

- *Desde ahora os recibiré siempre, porque el espantapájaros ha cambiado mi corazón.*

Moraleja: el espantapájaros, dándose a sí mismo, hizo posible que todos comieran. Tú también debes darte a ti mismo. Sé solidario, generoso y caritativo, y otros seguirán tus huellas. Sé solidario hasta dar la vida y Dios te bendecirá mucho más de lo que puedes imaginar.

Veamos el siguiente cuento, que tiene mucha enseñanza.

Hacía mucho tiempo que no llovía en aquella comarca. El agua se secaba en los arroyos y ríos, los manantiales estaban secos. Una niña, con un gran cucharón de hojalata en la mano, salió en busca de agua para su madre enferma. Tras mucho caminar, encontró una pequeña fuente casi seca en una ladera. La niña sostuvo el cucharón largo tiempo bajo el agua, que goteaba muy despacio, hasta que se llenó de agua. Luego bajó la cuesta de la montaña, sosteniéndolo con mucho cuidado. Cuando llegó a su casa,

casi anocheecía. Al entrar en la habitación de su mamá, encontró a la vieja criada, que ayudaba a su madre, y ésta le dijo:

- *Dale un sorbo de agua. Ha trabajado todo el día y la necesita más que yo.*

Así que la niña le acercó el cucharón a los labios de la anciana, que bebió un sorbo de agua y se sintió mucho mejor. La niña no notó que el cucharón se había convertido en un cucharón de plata y estaba tan lleno de agua como antes. Luego lo acercó a los labios de su madre que bebió y bebió, y se sintió mejor. Cuando terminó su madre de beber, el cucharón continuaba lleno de agua y oyó un golpe fuerte en la puerta. La criada abrió y se encontró con un desconocido. Estaba pálido, cansado y sediento. Dijo:

- *¿Puedo beber un poco de agua?*
- *Claro que sí, la necesitas más que yo. Bébela toda.*

El desconocido sonrió y tomó el cucharón que, de inmediato, se convirtió en diamante. Le dio vuelta y toda el agua cayó al suelo. Y donde cayó, brotó una fuente de agua, que solucionó la sequía de todos en la comarca. Mientras contemplaban el prodigio,

se olvidaron del forastero; cuando miraron, ya se había ido. Creyeron verle desaparecer en el cielo... y allá arriba, alto y claro, brillaba el cucharón de diamante. Todavía brilla como una constelación de estrellas, que nos recuerda la importancia de la amabilidad y la caridad con el prójimo. Se le conoce popularmente como el Gran Cucharón (Big Dipper en inglés). En castellano le decimos la Osa Mayor.

Había una vez una nube jovencita, que estrenaba su primer galope por los cielos al lado de muchos nubarrones fuertes y corpulentos. Al pasar por encima del desierto del Sahara, las otras nubes, más expertas, le dijeron:

- *Corre, corre. Si te detienes, estás perdida.*

Pero la nubecilla era curiosa y se dejó arrastrar hasta el fondo de las otras nubes para ver mejor lo que había en el desierto.

- *¿Qué haces?*, le gritó por detrás el viento.

Pero la nube había visto las dunas de dorada arena: un espectáculo fascinante. Las dunas parecían nubes de oro acariciadas por el viento. Una de ellas le dijo:

- *Adiós.*

Era una duna graciosa, recién hecha por el viento, que le revolvía su luciente cabellera.

- *Adiós, mi nombre es OLA, dijo la nubecilla.*
- *El mío es UNA, replicó la duna.*
- *¿Qué tal tu vida ahí abajo?*
- *Ya ves, sol y viento. Hace calor, pero se aguanta. ¿Y la tuya?*
- *Sol y viento, y locas carreras por el cielo.*
- *Mi vida es muy breve. Tal vez desaparezca, cuando sople fuerte el viento.*
- *También yo me transformaré en lluvia y caeré. Es mi destino.*

La duna calló un momento y después le dijo:

- *¿Sabes que nosotras a la lluvia le llamamos paraíso?*
- *No sabía que era tan importante, rió la nubecilla.*
- *Oí contar a unas viejas dunas lo hermosa que es la lluvia. Con ella nos cubrimos de unas cosas maravillosas que se llaman flores y hierba. Probablemente, yo no las veré nunca, concluyó con tristeza la duna.*

La nubecilla pensó un momento y luego dijo:

- *Podría lloverte yo encima...*
- *Pero morirías...*
- *En cambio, tú florecerías*, dijo la nube. Y se dejó caer en lluvia iridiscente.

Al día siguiente la pequeña duna apareció cubierta de flores⁹.

Un ejemplo palpable de solidaridad lo cuenta Martín Buber. Dice que había un hombre que fue a una posada y, al llegar, vio la mala vida que llevaba el posadero. El posadero le preguntó:

- *¿Qué desea?*
- *Solamente un rincón para poder orar.*

El posadero se quedó un poco extrañado, porque todo el mundo iba a la posada para poder comer y descansar. Por eso, lo expió y vio que aquel hombre, después de tan largo camino y, a pesar de estar cansado, hambriento y lleno de polvo, estaba orando de rodillas, pidiendo perdón a Dios por los pecados

⁹ Hernández Afrodísio, *Señales de pista*, Trujillo (Perú), 2004, p. 22.

del posadero. Éste, al darse cuenta, reconoció sus errores y cambió de vida.

¡Qué importante es preocuparse por el bien y la felicidad de los demás! Si no podemos hacer muchas cosas por los demás, por lo menos oremos por ellos. La oración es un gran regalo y una fuente inmensa de bendiciones.

Por esto, procuremos sembrar estrellas de amor en los que nos rodean. ¡Hay tantas cosas pequeñas con las que podemos hacer felices a los demás! Una sonrisa, una palabra, un gesto amable, un pequeño servicio, una flor, un regalito, un caramelo. Hay que decirles a todos, con palabras o sin palabras, que los amamos y que son importantes para nosotros.

Estos pequeños detalles de amor son importantes en la vida familiar y en la vida de las personas que viven en Comunidad; pues con el tiempo puede deteriorarse el amor que debe renovarse continuamente con palabras bonitas, regalos y detalles de aprecio y consideración. Por otra parte, una oración por el otro no cuesta nada y puede traerle muchas bendiciones. ¡Cuántas personas hubieran sido mejores, si hubieran tenido en su familia alguien que hubiera sabido compartir su fe y hubiera rezado por ellos! ¡Cuántos enfermos se hubieran sanado y esta-

rían vivos todavía, si sus familiares hubieran orado más por su salud! ¡Cuántos se hubieran salvado, si hubieran tenido familiares que hubieran rezado por ellos! Por eso, tú no te canses de pedir, de orar, de ayudar y hacer el bien a los que te rodean.

HAZ ALGO POR LOS DEMÁS

El padre Arrupe, que fue general de los jesuitas, cuenta que en 1945 vivía en Hiroshima en el momento en que cayó la bomba atómica sobre la ciudad. Acababa de celebrar la misa, cuando una luz cegadora redujo a cenizas la ciudad y, en pocos minutos, dejó más de 200.000 entre muertos y heridos. Nadie entendía nada. Su primera reacción fue ir a la capilla para pedir ayuda. Dice: *Por todas partes, muerte y destrucción. Nosotros, aniquilados por la impotencia. Salí de la capilla y la decisión fue inmediata: Haríamos de la casa un hospital. Me acordé de que había estudiado medicina. Años lejanos ya, sin práctica posterior, pero que en aquellos momentos me convirtieron en médico y cirujano. Fui a recoger el botiquín y lo encontré en ruinas, destrozado, sin que hubiera en él aprovechable más que un poco de yodo, algunas aspirinas, sal de frutas y bicarbonato.*

Pero en aquel hospital, que no era hospital, y con el médico, que no era médico, se aliviaron muchos dolores, fueron suavizadas muchas muertes y curados no pocos. Hicieron lo que pudieron. En todo caso, mucho más de lo que hubieran hecho, si sólo se hubieran lamentado¹⁰.

- Un día, un sacerdote esperaba a su amigo médico para conversar sobre su vida espiritual. Aunque siempre había sido puntual, ese día se retrasó cuarenta minutos. Al llegar, se disculpó y le dijo: *Padre, cuando me preparaba para salir, vi desde mi ventana del segundo piso que llegaba una anciana pobre a quien he atendido en otras ocasiones. Me molestó su inoportunidad. Agarré el teléfono para decirle a la recepcionista que le dijera que ya había salido; pero, entonces, me acordé de lo que dijo Jesús: Lo que hicieris a uno de estos mis hermanos, a Mí me lo hacéis. Así que la atendí. Y me sentí contento al comprender que mis pacientes son Cristo.*

- Un día, un joven se propuso ir al encuentro de Dios. Preparó lo necesario y, al amanecer, empezó su gran aventura. Pensó que Dios estaría en el silencio de la gran montaña, que se divisaba al fondo del valle, y comenzó la escalada. En las faldas del

¹⁰ Puede leerse su libro: *Yo viví la bomba atómica.*

monte se encontró a un anciano, que vivía en una pequeña y vieja cabaña. El anciano, al verlo, le dijo:

- *¿A dónde vas con tanta prisa?*
- *Voy a la cumbre de la montaña, porque quiero encontrarme con Dios.*

El anciano le dijo:

- *¿Por qué no te quedas conmigo una hora y me ayudas a reparar mi cabaña, que se está cayendo? Como ves, ya soy viejo y no puedo hacerlo solo.*

El joven contestó:

- *Discúlpeme, tengo prisa. Ahora no puedo, se me hace tarde; pero, cuando regrese, lo haré con gusto.*

Después de unas horas, el joven llegó a la cumbre de la montaña y empezó a gritar:

- *Señor, ¿dónde estás?*

Así gritó una y mil veces, pero no hubo ninguna respuesta. Al ver su fracaso, pensó que Dios se había ido al valle y bajó de la montaña. Al pasar jun-

to a la cabaña del anciano, vio que estaba completamente deshecha y el anciano tampoco estaba. Él, sin darle mucha importancia, siguió su camino.

Al poco rato, quiso rezar y se arrodilló en medio del campo, exclamando:

- *Señor, esta mañana te he buscado y no te he podido encontrar. Quería verte para hablar contigo.*

Y el Señor le contestó:

- *Yo te pedí ayuda, pero estabas demasiado ocupado y no me la diste.*

Hay otro cuento parecido. Un hombre quería hablar con Dios y tanto lo pedía que Dios le contestó y le dio una cita. El día fijado se levantó temprano, se vistió con su mejor traje y, a la hora apropiada y con tiempo de sobra, tomó su coche para ir a la cita. Al pasar por cierto lugar de la carretera, vio a un hombre junto a su coche averiado, que le hizo señas para que lo ayudara. Él se detuvo solamente un momento para decirle que iba con el tiempo justo para una cita muy importante y no podía ayudarlo, que a la vuelta, dentro de unas horas, lo ayudaría con gusto. Y se fue.

Al llegar a la cita, buscó a Dios por todo el lugar, previamente establecido, y no lo pudo encontrar. Lo estuvo haciendo durante dos horas, hasta que se cansó y regresó. Al pasar por el lugar donde el otro le había pedido ayuda, ya no había nadie. Y siguió su camino.

Al regresar a su casa, decepcionado, porque Dios le había mentido, se puso a orar, increpando a Dios:

- *¿Por qué no has acudido a la cita? ¿Estabas muy ocupado? ¿No pensaste en mí? ¿Te has olvidado? ¿Tenías cosas más importantes que yo?*

Y Dios le respondió:

- *Hijo mío, nada ni nadie en el mundo es más importante que tú para Mí. Pero esta mañana, yo, en persona, te pedí ayuda en la carretera y tú estabas demasiado ocupado para atenderme. Tenía tanto deseo de encontrarme contigo que te esperé en la carretera antes de tiempo. Como ves, no me olvidé, te pedí ayuda y tú no me la diste.*

En resumen, si queremos encontrarnos con Dios, debemos hacerlo en la persona de nuestros

hermanos; porque, como dice Jesús, lo que hacéis a uno de estos mis hermanos, a Mí me lo hacéis.

- El escritor italiano Renzo Pezzani narra una fábula hermosa: Una golondrina se había retrasado en su viaje otoñal y se había quedado la última. Entonces, comenzó a volar sobre el inmenso mar para llegar donde estaban las otras al otro lado del océano. Después de varias horas de volar, se sintió tan cansada que decidió dejarse caer y morir, porque ya no podía más. Pero, en aquel preciso momento, se dio cuenta de que debajo de ella había otra golondrina que avanzaba sobre el mar en la misma dirección. Esto le dio ánimo y continuó volando sobre las olas y, cada vez que se sentía cansada, miraba a su fiel compañera y esto le daba nuevas fuerzas para seguir adelante. Al atardecer, pisó tierra en una isla en medio del mar y, entonces, se dio cuenta de que la otra golondrina había sido su propia sombra.

Lo importante de esta fábula es que pudo sobrevivir, porque se sintió acompañada en aquella larga travesía. Por ello, es tan importante acompañar a los demás con nuestro ánimo, nuestro afecto y nuestra oración para que no se sientan solos y sepan que nosotros los amamos y estamos a su lado, aunque estén lejos y estén físicamente solos.

Veamos otro cuento. Una vez se organizó una carrera de ranas, que debían subir a lo más alto de una torre. Al principio, todas salieron con entusiasmo para alcanzar la meta, pues el premio era extraordinariamente grande. Pero los espectadores, ya desde el comienzo de la carrera, empezaron a burlarse de ellas y les decían a gritos y riendo: *Nunca podréis alcanzar la meta, os han puesto una meta imposible. ¿Por qué no desistís de vuestro empeño? Sois unas tontas. Nadie podrá jamás alcanzar semejante altura para ganar...* Y tanto era lo que gritaban y se burlaban, que muchas iban desanimándose y se retiraban, llegando a convencerse de que realmente era imposible conseguir el objetivo final.

Por fin, quedó una rana, que intentaba una y otra vez, hasta que lo consiguió y llegó hasta la meta. Todos los espectadores se quedaron asombrados, no lo podían creer. Así que los periodistas fueron rápidamente a hacerle una entrevista y le preguntaron cómo había hecho para conseguirlo. Y la ranita sólo les contestaba: *¿Qué? ¿Qué?* Resulta que era sorda y ella había creído que todos la estaban animando con sus palabras; cuando, en realidad, era todo lo contrario.

Por eso, es tan importante hacer algo por los demás y no desanimarlos. ¡Hay que animar a los decaídos, sonreír a los tristes y apoyar a todos los que

nos rodean para que puedan conseguir sus ideales! No estamos solos y los demás necesitan de nosotros para ser felices. No lo olvidemos jamás.

- Había una vez una mujer joven que padecía neumonía y se moría lentamente. Desde la ventana, veía un gran árbol cuyas hojas eran arrancadas por el viento y el frío. Estaba resignada a morir y dijo a sus amigos que con la última hoja que cayese del árbol, también ella partiría. Pero la última hoja del otoño se resistía a caer. Se agarraba a la vida, se aferraba a su rama. Y la mujer seguía viviendo, esperando que cayera la última hoja para morir en paz, como si fuera la señal de Dios para ella. Pero la mujer no murió y pasó todo el invierno mirando a la última hoja, que, sin saberlo ella, un amigo había pintado en la ventana, mientras ella dormía, para que siempre tuviera viva la esperanza y siguiera viviendo.

- Una vez, un hombre se presentó ante el juicio de Dios y le dijo: *Señor, he cumplido todas tus leyes y he vivido de acuerdo a tus mandamientos. No he hecho nada malo. Mis manos están limpias.* Sí, le dijo Dios, *tus manos están limpias, pero están vacías.* ¿Qué has hecho tú por los demás? No basta no haber hecho nada malo, hay que hacer muchas cosas buenas por ellos.

¡Qué tristeza, cuando en vez de ayudar y animar, dejamos morir a otros por nuestra comodidad o indiferencia!

En una carretera española de Salamanca a Valladolid, un sacerdote tuvo un accidente. Cayó de su motocicleta y se quedó consciente, pero sin poder moverse. Y sentía cómo pasaban los coches sin detenerse. Alguno se detenía y decía: *Está muerto, ya no hay nada que hacer...*, y seguía su camino. Por fin, después de una hora, más o menos, alguien se acercó a él y lo auxilió y así pudo salvarse de la muerte. ¿Nos gustaría que, estando en grave necesidad en medio de la calle, por haber sufrido un ataque al corazón o un asalto..., nadie se acercara a ayudarnos?

Otro caso. En un hospital estaba un grupo de enfermeras, jugando a las cartas en plena noche, porque no había mucho trabajo. De pronto, se oyó un ruido extraño en una de las habitaciones y una de ellas fue a ver qué sucedía. Regresó tranquila, diciendo: *Es el número 17, que se está muriendo*. Y siguieron jugando. Para ellas aquel viejecito, que se moría, era un simple número, uno más de tantos pacientes. Y no se preocuparon lo más mínimo de ayudarlo a bien morir. Para ellas, contaba más su comodidad y el seguir jugando que la ayuda que pudiera

necesitar aquel ser humano en aquellos últimos momentos.

Pero algo peor todavía es lo que vi un día por televisión. Un periodista había sido galardonado con el premio Pulitzer, un gran premio internacional por la mejor fotografía. Su mejor fotografía era un niño moribundo, caído en tierra, con unos buitres a su lado, que estaban esperando para comérselo. Era un niño, que estaba muriendo de hambre como tantos otros en un pueblo de Etiopía. El periodista le estuvo tomando varias fotografías a aquel niño, mientras se caía y se levantaba, hasta que ya no pudo levantarse y se le acercaron los buitres. El periodista dijo que lo único que había podido hacer había sido tirar una piedra a los buitres. ¿Realmente, no podía haber hecho nada más por aquel niño? ¿Acaso para él era solamente un objeto para hacer una buena fotografía? ¿Acaso no tenía sentimientos para haberlo cogido en sus brazos y ayudarlo a bien morir, con amor, en sus últimos momentos?

¡Qué diferente era la actitud de la Madre Teresa de Calcuta y de sus religiosas, que salían todos los días a las calles de Calcuta a recoger a todos los moribundos para cuidarlos! Un día, la Madre Teresa estaba en la Casa del moribundo en Calcuta, lavando delicadamente el cuerpo llagado de una pobre

mujer recogida de la calle. En un cierto momento, la mujer le dijo:

- *Otros no hacen como tú, ¿Por qué lo haces? ¿Quién te ha enseñado?*
- *Me lo ha enseñado mi Dios.*
- *Hazme conocer a tu Dios.*
- *Tú lo conoces. Dios es amor.*

El padre Jacques Loew, que era cargador del puerto de Marsella y buscaba dar testimonio de su fe en medio de aquellos hombres rudos y hostiles a la Iglesia, vivía pobremente como ellos. Era un hombre muy humilde y siempre dispuesto a escuchar. Un día, un cargador como él fue a buscarlo a su barraca, se sentó junto a él, en silencio, y le dijo:

- *Yo no creo en Dios; pero, si Dios existe, debe asemejarse a ti.*

¡Qué importante es el testimonio de vida para animar a los otros a seguir el camino del bien! Los hombres de nuestro tiempo necesitan ejemplos que imitar.

Por eso, un ateo sincero, el francés Valery, en sus *Carnets* dice: *Si Dios existiera, si sólo pudiera*

creer que existe, sería inmensamente feliz. No podría interesarme ya en otra cosa que no fuera Él. Me sentiría rodeado de ternura y protección. Los placeres del mundo no serían nada, la muerte no sería nada. Si yo supiera que Dios existe, si mi vida no fuese más que una demora de mi encuentro con Él, aunque esta vida fuese dolorosa, sería suave como la larga espera de una mujer amada, de cuya llegada se está absolutamente seguro.

Si Dios existiera, nada me importaría. Si Dios existiera, me parece que yo sería naturalmente bueno con todo el mundo, como un hombre súbitamente millonario que vaciara sus sacos de dinero por todas partes por simple placer. Si Dios existiera, me parece que mis culpas serían absorbidas en Él y perdonadas, por el hecho mismo de que yo las reconocería como culpas... Si Dios existiera, sería eternamente feliz¹¹.

Si Dios existiera..., pero él no estaba seguro, por eso admiraba y deseaba la fe de los creyentes. Y nosotros debemos darle a él y a otros como él, pruebas de su existencia. Que vean que nuestro modo de vivir es imposible, si Dios no existe.

¹¹ Guitton Jean, *Lo que yo creo*, Ed. Acervo, Barcelona, 1973, p. 134.

Fedor Dostoievski, el gran novelista ruso, nos invita a ver a Dios en la naturaleza. Dice en *Los hermanos Karamazov*:

Era una noche clara de julio, silenciosa y templada. Los pececitos y las aves estaban dormidos. Y nosotros éramos los únicos que no dormíamos y hablábamos de la belleza del mundo de Dios y de su gran misterio. Cada hilo de hierba, cada escarabajo, cada hormiga, cada pequeña abeja, conoce bien su camino y, no teniendo inteligencia, testimonia el misterio divino.

- En una ocasión, se acercó un periodista a una niña esquimal, que amaba entrañablemente a Dios, y le preguntó:

- *¿Tú crees en Dios?*
- *Sí, yo creo en Dios.*
- *¿Crees que Dios te ama?*
- *Sí, creo que Dios me ama.*
- *Si crees que Dios existe y que Dios te ama, ¿por qué no te cuida y te envía suficientes alimentos y ropa para que no pases hambre ni frío?*
- *Yo creo que Dios le mandó a alguien que me trajese esas cosas. Pero él le dijo No a Dios.*

Maravillosa respuesta de una niña sin estudios, pero que indica que, muchas veces, somos nosotros los que no obedecemos a Dios para ayudar a los necesitados.

Cuenta la Madre Teresa de Calcuta: *Un día, yendo por la calle, me encontré con una niña, que estaba tosiendo y casi muerta de frío, con un vestido roto y sucio. Pedía limosna con cara de hambre. Todos pasaban de largo. Aquel espectáculo me conmovió y me hizo exclamar interiormente: Pero ¿cómo Dios permite esto? ¿Por qué no hace algo para que esto no suceda? De momento, la pregunta quedó sin respuesta; pero, por la noche, en el silencio de mi habitación, pude oír la voz de Dios que me decía: Claro que hice algo para solucionar estos casos, te he hecho a ti.*

Dios te ha creado a ti para ayudar a los demás. Quizás le estás fallando y estás olvidándote de que tu vida sólo tiene sentido, amando, sirviendo y ayudando a los demás.

El arzobispo de Popayán (Colombia), Iván Marín-López, decía en 1997: *Hace seis meses, en una comunidad aislada sin ningún tipo de asistencia sanitaria, una mujer esperaba su primer hijo. La comadrona dijo que el bebé no podría nacer, porque su cabeza era demasiado grande. En pocos*

*minutos, se dio la voz de alarma y veinte hombres jóvenes se organizaron para llevarla por turnos durante seis horas hasta el hospital más cercano. Llegaron a tiempo; el médico intervino y salvó a la mujer y al niño. La gente se sintió orgullosa de aquel niño, que ahora llamaban el hijo de la Comunidad*¹².

Y tú, ¿qué has hecho hasta ahora para ayudar y hacer felices a los demás? Piénsalo y decídette ahora mismo a hacer algo, de modo que tu vida sea un regalo de Dios para los demás.

EL EJEMPLO DE GANDHI

Mahatma Gandhi, el gran líder de la independencia de la India y organizador de la resistencia civil contra la dominación inglesa, fue un hombre creyente, que confiaba plenamente en Dios. Decía: *Para mí es una tortura permanente hallarme todavía tan lejos de Dios. Él, como muy bien sé, gobierna cada soplo de mi vida y de cuyo linaje soy*¹³.

En sus escritos, nunca se encontrará una palabra de venganza contra sus enemigos. Y para conseguir sus metas, nunca acudió al odio o a la violen-

¹² L'Osservatore Romano 53; 31 de diciembre de 1997, p. 7.

¹³ *Autobiografía*, Ed. Arkano books, Madrid, 2002, p. 17.

cia. Siempre hablaba de tolerancia, perdón y de no violencia activa o de violencia pasiva. Decía: *Sería inconcebible encontrar en mis escritos una sola palabra de odio. ¿No es el amor lo que hace vivir al mundo? No hay vida donde no está presente el amor. La vida sin amor conduce a la muerte.* De ahí que su amor por los más pobres, lo mismo en Sudáfrica que en la India, le llevó a defender sus derechos como abogado, defendiendo siempre la igualdad de todos los seres humanos y buscando la unidad sin diferencia de raza o religión. Las últimas palabras de su Autobiografía son:

Le ruego al lector que se una a mí en una oración al Dios de la Verdad para que me permita alcanzar la no violencia en la mente, en la palabra y en la acción¹⁴ .

Sin embargo, para llegar al autodomínio que consiguió hasta el punto de hacer voto perpetuo de castidad, y defender siempre la verdad, la honradez y la justicia, tuvo que pasar por muchos sufrimientos personales y por muchas etapas de dudas, sobre todo, en su adolescencia y juventud. Él nos dice que sus padres lo casaron a los 13 años y pronto quedó presa de la lujuria. En algunas ocasiones, hasta robó para poder conseguir lo que quería y no faltaron al-

¹⁴ ib. p. 471.

gunas mentiras, sobre todo, por efecto de las malas compañías. Pero veamos lo que él mismo nos dice al respecto y cómo pudo superar las pasiones y los vicios con su fuerza de voluntad y con la ayuda de Dios.

Un día, mi amigo me llevó a un burdel. Me introdujo, dándome las necesarias instrucciones. Todo estaba arreglado. Ya habíamos pagado el precio. Entré en las fauces del pecado, pero Dios, en su infinita misericordia, me protegió, pese a mí. Prácticamente, me quedé ciego y sordo ante el espectáculo del vicio. Me senté cerca de la mujer en la cama, pero tenía un nudo en la lengua que me impedía decir palabra. Ella, lógicamente, perdió la paciencia y me señaló la puerta, entre sarcasmos e insultos. Sentí entonces como si mi hombría hubiera sido insultada y deseé, de pura vergüenza, que la tierra me tragase. Desde entonces, no he dejado de darle gracias a Dios por haberme salvado... Pero ni siquiera eso fue suficiente para abrirme los ojos y hacerme comprender lo peligroso de la compañía de mi amigo. Quedaban muchas amargas heces reservadas para mí, hasta que mis ojos descubrieron la verdad, al contemplar algunos de sus vicios, por completo insospechados para mí... Yo era un esposo amante y celoso, y mi amigo encendía la llama de las sospechas con respecto a mi mujer. Nunca pude dudar de su veracidad. Pero jamás podré perdonarme la mucha violencia de que he sido culpa-

ble al darle disgustos a mi mujer, actuando bajo la influencia de mi mala compañía... El cáncer de la desconfianza fue únicamente desarraigado, cuando comprendí lo que era la castidad y sus consecuencias... Siempre que me acuerdo de esos días sombríos, llenos de dudas y recelos, maldigo una y mil veces mi estupidez y mi crueldad sensual, así como también deploro profundamente la ceguera que mantuvo mi amistad con aquel muchacho¹⁵.

Por otra parte, un pariente y yo nos acostumbramos a fumar. No es que pensáramos que el cigarrillo era saludable ni que estuviéramos enamorados del sabor o del olor del humo del tabaco. Sencillamente, imaginábamos que se obtenía un gran placer emitiendo nubes de humo por nuestras bocas. Mi tío estaba enviciado y, cuando lo vimos fumar, pensamos que debíamos imitar su ejemplo. Comenzamos a recoger las colillas que mi tío arrojaba por todas partes. Pero no siempre conseguíamos todas las que queríamos y, además, una colilla da poco humo. Por consiguiente, comenzamos a robar algunos cobres del monedero de la servidumbre para comprar cigarrillos indos. El problema mayor consistía en ocultarlos. Por supuesto, no podíamos fumar en presencia de nuestros mayores. Pero, de cualquier forma, nos las arreglamos durante unas cuan-

¹⁵ ib. pp. 38-40.

tas semanas merced a las monedas robadas... Era insoportable que no pudiéramos hacer nada sin el permiso de los mayores. Al fin, en el colmo de nuestro disgusto, ¡decidimos suicidarnos! Oímos decir que las semillas del «dhatura» eran un veneno muy eficaz... Ingerimos dos o tres de las semillas fatales. No nos atrevimos a más. Los dos nos resistimos ante la idea de la muerte... Pero la idea de suicidarnos produjo en mi pariente y en mí la decisión de dejar el vicio de fumar colillas y de robar monedas de cobre para comprar tabaco. Desde entonces, jamás he sentido la tentación de fumar y siempre he considerado ese vicio como algo bárbaro, sucio y nocivo. Jamás he logrado comprender cómo es posible que impere ese furor por fumar, que domina el mundo entero.

Pero mucho más serio fue el robo que cometí algún tiempo después. Tenía quince años y robé un pedacito de oro del brazalete de mi hermano. Aquella complicidad resultó demasiado fuerte para mí y resolví no volver a robar nunca más. Y también tomé la decisión de contarle la verdad a mi padre. Tenía miedo del dolor que iba a causarle. No obstante, pensé que era necesario correr el riesgo y que no podía haber una purificación suficiente sin la confesión de mis culpas. Decidí escribir la confesión para entregársela a mi padre e implorar su perdón. La redacté en una hoja de papel y se la entregué yo

personalmente. En dicha nota, no sólo confesaba mi culpa, sino que solicitaba un adecuado castigo, y concluía rogándole que no se castigara a sí mismo por culpa de mis pecados.

Temblaba de pies a cabeza, cuando hice entrega a mi padre de la confesión. Él estaba enfermo y se hallaba en cama. Le entregué la nota y me senté en su humilde lecho. Comenzó a leerla y, gruesas lágrimas cayeron de sus ojos como si meditase, y luego rasgó el papel. Yo también lloraba, pues podía advertir fácilmente la agonía que estaba padeciendo mi padre... Aquellas perlas de amor que rodaron por las mejillas de mi padre purificaron mi corazón y lo dejaron libre de pecado. Solamente el que ha experimentado tal amor puede saber lo que es... Ciertamente, una confesión pura, acompañada por la promesa de no volver a pecar jamás, y que se hace a quien debe recibirla, es el tipo más puro de arrepentimiento. Yo sé que mi confesión hizo que mi padre se sintiera absolutamente seguro de mi conducta futura y que su cariño por mí aumentara lo indecible¹⁶.

Su sentido de la caridad y su amor al prójimo fueron extraordinarios. Cuenta en su Autobiografía que un día llamó a su puerta un leproso. Y dice:

¹⁶ ib. pp. 40-43.

Yo no tuve valor para darle una comida y despedirlo. Por consiguiente, lo albergué en mi casa, curé sus heridas y lo atendí lo mejor que pude. Pero no podía seguir así indefinidamente. Me faltaba la voluntad necesaria para tenerlo siempre a mi lado. Por tanto, lo envié al hospital del gobierno para los trabajadores indos. Pero me sentía angustiado. De-seaba cumplir algún trabajo humanitario de carácter permanente... Por eso, comencé a trabajar en el hospital dos horas cada mañana incluido el tiempo de ir y venir. El trabajo consistía en escuchar las quejas de los pacientes, exponer los hechos al médico y preparar las medicinas. Este trabajo me proporcionó cierta paz espiritual¹⁷.

Pero quizás algo insólito y que a los hombres de hoy los puede dejar sorprendidos es que, después de muchas luchas y de mucho pensarlo, hizo su voto de castidad perpetua de acuerdo con su esposa. Dice: *Me costó mucho tiempo librarme de la lujuria y hube de pasar por muchas duras pruebas antes de lograr superarla¹⁸. Después de amplias discusiones y de muchas deliberaciones, hice mi voto en 1906. Hasta entonces, yo no había participado a mi esposa lo que pensaba y solamente le consulté en el momento de hacer la promesa. Ella no se opuso. Pero tuve*

¹⁷ ib. p. 222-223.

¹⁸ ib. p. 46.

grandes dificultades para adoptar la decisión definitiva. Carecía de las fuerzas necesarias. ¿Como iba a controlar mis pasiones? La eliminación de las relaciones carnales con la propia esposa parecía entonces algo muy extraño. Pero me lancé hacia adelante con fe en la ayuda de Dios. Cuando echo una mirada retrospectiva a los veinte años transcurridos desde que hice el voto, me siento invadido por el asombro y la satisfacción. La libertad y el júbilo que sentí después de formular el voto, jamás los había experimentado antes de 1906. Antes de hacer el voto, siempre me sentía al borde de verme tentado en cualquier momento. Luego, el voto en sí era un escudo seguro contra la tentación. La enorme fuerza de la castidad se me hacía patente cada día... Pero, si era motivo creciente de júbilo, nadie piense que me resultaba cosa fácil. Incluso, después de cumplir los cincuenta y seis años, seguía siendo difícil. Continuamente me doy cuenta que es algo así como caminar por el filo de una espada y advierto a cada instante la necesidad de mantener una vigilancia permanente... Después de regresar a la India, fue cuando comprendí que la castidad era imposible de lograr mediante el mero esfuerzo humano. Hasta entonces, yo me había esforzado con el convencimiento de que por sí sola, la dieta de frutas me permitiría desarraigar todas mis pasiones y me recreaba pensando que no tenía nada más que hacer. Por eso, permítaseme aclarar a aquellos que

*desean observar la castidad con el propósito de realizarse en Dios, que no tienen que desesperar, con tal que su fe en Dios se iguale a su confianza en el propio esfuerzo*¹⁹.

Por otra parte, su desprendimiento de las cosas materiales fue proverbial, nunca trabajó por el simple afán de ganar dinero y menos le gustaba que le hicieran regalos. Por eso, cuando después de haber vivido en Sudáfrica por segunda vez, quiso regresar a la India y le quisieron hacer costosos regalos, no los aceptó. Dice:

¿Que derecho tenía yo de aceptar tales regalos? Si los admitía, ¿cómo podía persuadirme de que estaba sirviendo a la comunidad sin remuneración? Todos los regalos, salvo algunos que me habían hecho mis clientes, eran por mi prestación de servicios a la colectividad y ni siquiera podía establecer diferencias entre mis clientes y mis colaboradores, pues que los primeros también me ayudaron en las actividades de orden público. Uno de los presentes era un collar de oro que valía como mínimo cincuenta guineas, destinado a mi esposa. Pero incluso ese regalo era en recompensa de mis actividades públicas, de manera que no podía separarse del resto... Me resultaba difícil rechazar regalos de

¹⁹ ib. pp. 207-211.

tanto valor, pero más difícil aún me resultaba retenerlos. E, incluso, si yo podía retenerlos, ¿qué ocurriría con mi mujer y mis hijos? Yo los estaba educando para una vida de servicio, haciéndoles comprender que servir a los demás lleva en sí su recompensa. No teníamos en la casa joyas ni ornamentos valiosos. Había convertido nuestras vidas en una expresión de máxima sencillez. ¿Cómo, pues, podíamos permitirnos el lujo de tener relojes de oro? ¿Cómo podíamos llevar cadenas de oro y anillos de diamantes? En aquel tiempo, yo exhortaba a la gente a desprenderse de la fatuidad de las joyas. ¿Que debía hacer entonces con las alhajas que habían llovido sobre nosotros? Decidí que no debía retener aquellas cosas... Devolvimos todos los regalos recibidos en 1896 y 1901.

Jamás lamenté el paso que había dado y, con el correr de los años, mi esposa también comprendió lo prudente de la medida. Ahora tengo la opinión inquebrantable de que quienes se dedican al servicio de la sociedad no deben aceptar donaciones valiosas²⁰.

Pero, sobre todo, la vida de Gandhi se distingue por su gran amor por la verdad. Era un hombre con nobles sentimientos entre los que destacan el

²⁰ ib. pp. 218-221.

amor a la sinceridad y la honradez en todas sus formas. Dice:

Nunca recurrí a la mentira en el ejercicio de mi profesión, a pesar de que una gran parte de mi actuación como abogado se cumplía en beneficio de asuntos públicos, a cuya dedicación no escatimaba tiempo ni dinero... Cuando yo era estudiante, había oído decir que la profesión de abogado es la profesión del mentiroso. Pero esto no influyó en mi espíritu, porque yo no pensaba conquistar posiciones o ganar dinero mediante la mentira. Mis principios fueron puestos a prueba más de una vez en África del Sur. Muy a menudo, supe que mis adversarios habían preparado a sus testigos y que con sólo alentar a mi cliente y a mis testigos a mentir, podíamos ganar el caso. Pero siempre me resistí a la tentación... De entrada, advertía a cada cliente nuevo que no esperara de mí la asunción de un caso falso o que sobornara a los testigos; esto dio como resultado que alcancé tal reputación que jamás llegaban a mi mesa casos falsos. Incluso algunos clientes reservaban los casos correctos para mí, llevando los dudosos a otros abogados²¹.

En resumen, Gandhi fue siempre un ejemplo y un modelo a seguir para todos. Un hombre, que siem-

²¹ ib. pp. 345-346.

pre defendió la verdad y la justicia y que, al final, como tantos grandes hombres a lo largo de la historia, murió mártir e incomprendido por muchos. Fue asesinado por un hindú en 1948.

EL BUEN EJEMPLO

El 21 de octubre del 2001, el Papa Juan Pablo II beatificó en la basílica de san Pedro a dos esposos, Luigi y María Beltrame-Quattrocchi. Allí estaban sus tres hijos. Don Tarsicio, el hijo sacerdote, dijo de sus padres: *Ellos nos hablaban viviendo. Mirándolos, aprendimos a vivir, porque comprendimos el sentido y la belleza de la vida. Mi madre decía frecuentemente: Para tener una familia feliz, no cuentan tanto las cosas que se poseen, sino las personas que forman la familia*²².

Fedor Dostoievski escribió: *Educar significa dar a los hijos buenos recuerdos que, en el momento oportuno, se encenderán como lámparas e iluminarán su camino. Pero ¡qué triste, cuando los padres dejan la educación de sus hijos a la televisión o a los libros o a personas, aunque sean profesores, que no pueden garantizar una educación religiosa como ellos desean!*

²² Comastri Angelo, *Non uccidete la libertà*, o.c., p. 126.

Monseñor Angelo Comastri cuenta lo siguiente: *Un domingo me estaba dirigiendo a pie a la parroquia del Sagrado Corazón. Y vi a una joven con dos perritos en brazos. Me acerqué a saludarla y le dije: Espero que dentro de algunos años pueda verte con un niño en brazos. Y ella me respondió: Mil veces mejor dos perritos que un niño. Me quedé helado*²³.

Recuerdo a un pobre hombre de la Sierra del Perú, que dijo en una ocasión: *Yo prefiero que se me muera un hijo que mi caballo, porque puedo hacer otro hijo, pero no otro caballo. ¡Qué mentalidad, Dios mío! ¿Dónde quedan los valores humanos y el amor a los hijos?*

Una jovencita se suicidó en unos lavabos de Roma y dejó escrito su testamento para sus padres, en el que decía: *Reconozco que me habéis querido, que me habéis dado todo, hasta cosas superfluas, pero no me habéis dado lo indispensable: no me habéis dado un ideal por el cual valiera la pena vivir. Por esto, he decidido quitarme la vida. Perdonadme, pero no tengo otra alternativa*²⁴.

²³ ib. 118.

²⁴ ib. p. 123.

El educar a los hijos significa tener tiempo para ellos, para escucharlos y responder a sus inquietudes. Hay que darles confianza para que puedan contarnos sus problemas y sientan que, pase lo que pase, sus padres estarán siempre a su lado para apoyarlos. Pero esto no ocurre siempre así. Cuenta Monseñor Tonino Bello que un día una joven mamá pasó a recoger a su hija de la escuela, donde estaba a tiempo completo con almuerzo incluido. La niña, saludando a la mamá con mucha alegría, le dijo: *Mamá, tengo una sorpresa para ti. Quiero hablarte un poco.* La mamá le dijo: *Ahora estoy cansada, cuando lleguemos a casa.* Llegados a casa, la niña le dijo: *Mamá, ¿puedes hablar un poquito conmigo?* La madre, que no se acordaba de su promesa, le respondió: *Ahora tengo mucho que hacer y, dentro de poco, llegará tu papá.* La mamá le prendió la televisión para que se olvidara de todo y viera los dibujos animados, pero la niña se sentía triste.

Cuando llegó el papá, se puso inmediatamente a cenar y, después de ver un poco televisión, le dijeron que debía ir a dormir para levantarse temprano al día siguiente. Antes de apagar la luz de su habitación, la niña tuvo el valor de decirle: *Mamá, tengo algo que decirte.* La mamá trató de tranquilizarla y le dijo: *Tesoro mío, duerme tranquila.* Después apagó la luz y se fue. La niña se quedó triste y la mamá sintió remordimiento. Por eso, después de

un rato, volvió a la habitación, encendió la luz y vio a su hija llorando. Se sentó junto a ella, la estrechó contra su pecho y le dijo: *¿Qué querías decirme? Y la niña, abrazando a su mamá, le enseñó un papelito estrujado que decía: Mamá, pronto será el día de la madre y quiero adelantarte mis saludos y decirte que te quiero mucho, porque siempre tienes tiempo para jugar conmigo*²⁵.

Si los padres no dan buenos ejemplos o no se preocupan de la educación de sus hijos, ¿en qué terminarán? Quizás en delincuentes, drogadictos o, en el mejor de los casos, en pobres hombres, incapaces de luchar, trabajar y salir adelante en la vida. Y los hijos de estos jóvenes caprichosos y aventureros sin espíritu de sacrificio y sin voluntad, pagarán las consecuencias de unos padres irresponsables, que sólo buscan el placer y el sexo como lo único importante de la vida.

Jean Vernier, el gran educador y fundador de la Comunidad El Arca, donde recogen niños con taras mentales, dice: *Hoy son cada vez más numerosos los jóvenes que tienen experiencias sexuales en torno a los 13 ó 14 años. Escuchándolos me he convencido de que existe un vínculo íntimo entre el nacimiento de la esperanza y el hecho de saber espe-*

²⁵ ib. p. 131.

rar una experiencia sexual. El corazón humano puede incluso tener sed de esta unión, porque advierte la unión entre la sexualidad y la necesidad de ser amado totalmente. Pero, cuando un joven no acepta esperar, cuando rechaza ver en las relaciones sexuales algo sagrado, un don de Dios, puede tener la experiencia superficial del placer sexual, pero interiormente sentirá muy pronto tristeza y desánimo. Banalizar el acto sexual, es banalizar toda la vida²⁶.

Por eso, hay que enseñar a los niños y jóvenes a valorar la vida y a vivirla cada día en plenitud, como si cada día fuera el último. Como si fuera el único, porque cada día es un regalo inestimable que debemos valorar y agradecer.

La Madre Angélica, fundadora del canal católico EWTN por cable, es una mujer extraordinaria. Dice que iban a someter a una operación quirúrgica a un anciano de más de 60 años y su hija Linda estaba preocupada. Entonces, su padre le dijo:

- Hija, ¿no te he hablado alguna vez de que hace más de sesenta años tu abuela dio a luz a un niño muerto? Era un varón, un niño voluminoso a quien le había resultado sumamente difícil entrar

²⁶ ib. p. 113.

en este mundo. Después de darle unas cuantas palmadas, sin obtener reacción alguna, la comadrona lo dio por muerto. Lo envolvió en una manta y lo dejó sobre la mesa. Todo el mundo lloraba. Pero tu abuela saltó de la cama, se acercó a la mesa y cogió a su hijo en brazos. Sosteniéndolo por los pies, comenzó a darle palmadas, mientras exclamaba:

- *Vamos, hijo, vamos.*

A los pocos momentos se oyó un grito y después un chillido. Hay quien dice que, desde entonces, nunca ha dejado de aullar.

- *¿Eras tú?*

- *Sí, era yo y considero cada uno de los momentos que he vivido en este mundo como un don de Dios. Dios me otorgó el don de la vida y, a continuación, me ofreció la gracia extraordinaria de saber que, si ha llegado mi hora, no puedo quejarme. En lo que a mí se refiere, toda mi vida ha sido un milagro y estoy agradecido a Dios por cada momento de vida, que me ha regalado²⁷.*

Este papá de Linda falleció en aquella operación, pero creemos que ya estará feliz con Dios en el

²⁷ Madre Angélica, *Respuestas, no promesas*, o.c., p. 207.

cielo. Él sabía algo que muchos todavía no han aprendido: que la muerte no es algo que ocurre por azar o por mala suerte. La muerte está prevista por Dios desde toda la eternidad y tiene determinado el momento. La muerte no es algo absurdo, por más que ocurra por medio de un accidente sin sentido. Dios nos llama a través de un accidente o de una operación o de un infarto o de un cáncer, lo importante es saber que nuestra vida está en las manos de Dios y no querer morirse antes de tiempo. Él busca el momento más favorable para llevarnos, pero debemos estar siempre preparados. ¿Estás preparado para morir? ¿Acaso crees que la vida te pertenece y puedes disponer de ella hasta cuando quieras y como quieras?

Por eso, agradece la vida que Dios te ha dado. Agradece a tus padres que no quisieron abortarte como tantos otros y dales las gracias con tu respeto, tu agradecimiento y tu amor sincero.

El Papa Juan XXIII, cuando era seminarista, escribió a sus padres una carta en la que les decía: *Queridos padres: Hoy mi pensamiento vuela hasta vosotros. Cumplo años y deseo deciros gracias. ¿Sabéis por qué? Porque vosotros, con vuestra vida, me habéis enseñado las cosas fundamentales de la vida. Todo lo que he aprendido en mis largos años de estudios, ha sido un pobre comentario de lo que voso-*

tros me enseñasteis en el pueblo con vuestro amor y vuestro ejemplo. Por eso, hoy quiero deciros de corazón: GRACIAS²⁸.

BUSCANDO A DIOS

Una de las mejores maneras de encontrar a Dios es haciendo algún servicio u obra buena a los demás, pues lo que hacemos a nuestros hermanos es como si se lo hiciéramos a Él mismo. Sobre esto hay un cuento.

Había una vez un carpintero sencillo y humilde sin nada de extraordinario. Un día vino un ángel del cielo y le dijo que Dios había pensado en llevarlo a su casa, al reino de los cielos. Él le dijo al ángel: *Dile a mi Señor que, por favor, es tiempo de sembrar y soy el único carpintero del lugar y necesitan de mí para hacer las lampas, rastrillos y otras cosas necesarias. Por favor, dile que espere todavía otro año.*

El ángel se fue al cielo y regresó con la respuesta: *Dios ha dicho que puede esperar, que puedes estar tranquilo este año.* Pero, al año siguiente, de nuevo se presentó el ángel de parte de Dios. Y el

²⁸ Comastri Angelo, *Non uccidete la libertà*, o.c., p. 128.

carpintero le dijo: *Dile a mi Padre Dios que me espere otro año. El vecino de mi casa está enfermo y su familia está en necesidad y yo debo ayudarle con mi trabajo; pues si no, no tendrían ni para comer. Espero que Dios lo entenderá.* El ángel fue a consultar y regresó diciendo que ciertamente Dios podía seguir esperando otro año.

El ángel vino de nuevo al año siguiente y así durante varios años, y el carpintero siempre tenía alguna razón importante como la sequía de aquel año o tantas necesidades que había en su comunidad para poder ayudar. Por fin, el ángel dejó de aparecerse durante varios años. Y, cuando ya estaba ancianito, un día regresó el ángel y el carpintero le dijo: *Ahora soy viejo y estoy cansado de tanto trabajar. Ahora estoy listo y preparado para irme contigo.* Entonces, el ángel se sonrió y le dijo: *¿Quieres ir a la casa de Dios? ¿Al reino de los cielos? ¿Y dónde crees que has estado hasta ahora? ¿No sabes que el reino de Dios está dentro de vosotros, cuando cumplís la voluntad de Dios? Hace años que estabas en casa. Ven.*

Como vemos, en la medida en que ayudamos y servimos a los demás, estamos con Dios y el reino de Dios está dentro de nosotros en alguna medida. Por eso, no nos cansemos nunca de buscar a Dios, ayudando a los demás. Veamos otro cuento.

Había una vez un ángel pequeñito, que todavía no había crecido mucho y no había sido designado a ninguno para ser su custodio. Estaba en el cielo jugando y trataba de aprender una canción que los ángeles mayores estaban aprendiendo. Pero él se perdía en el canto y, a veces, se dormía. Un día escuchando una conversación de los ángeles del coro, oyó esto: *Esta noche, debemos acudir donde están los pastores con las ovejas, en los alrededores de Belén, y cantaremos el Gloria, cuando nazca Jesús.* El angelito que, apenas podía volar, pensó: *Como no me van a escoger para cantar en el coro y ellos vuelan más rápido que yo, quizás podría ir ahora mismo para llegar a Belén antes del anochecer.* Antes de ir, buscó un regalito para el niño y escogió un bonito ramo de flores de las estrellas.

Y emprendió el vuelo lentamente. Hizo varias escalas para descansar en algunas estrellas. Y, al fin, llegó a la tierra, cuando estaba anocheciendo. Pero ¿dónde estaba Belén? Empezó a caminar hacia la luz de una aldea y sintió un ruido en el suelo. Miró y descubrió a sus pies un pajarito que se había caído del nido. Lo recogió, lo puso en el nido y se dejó caer una de sus flores.

Continuó su camino y vio una casa pobre con la puerta semiabierta. En el interior estaba una madre muy preocupada, sentada junto a un niño enfer-

mo, que sufría y se movía mucho. El niño vio al ángel, sonrió y se quedó profundamente dormido. El ángel se inclinó sobre la cuna y dejó caer algunas de sus flores.

Estaba cansado, pero a lo lejos sintió que llegaban los ángeles mayores. En ese momento, sintió que un corderillo estaba balando. Se acercó y vio que tenía rota una pata. Lo tomó en brazos, lo curó y dejó caer las últimas flores que tenía. Entonces, vio una gruta y pensó que sería un buen lugar para reposar. Entró en la gruta con el corderito en brazos y vio una mujer con un niño. El niño sonrió y el angelito le contó su historia a aquella mujer, y que no tenía ningún regalo para el niño. La mujer, que era la Virgen María, lo escuchó y le dijo que le había llevado un regalo mejor que todas las flores del jardín del cielo, pues había socorrido a las criaturas que tenían necesidad de ayuda. En aquel momento, el niño alargó los brazos y tocó al corderito, que saltó de los brazos del angelito y se puso a saltar de alegría en la gruta. El niño sonreía alegremente. Y María le dijo: *Esta noche, con tus buenas acciones has hecho muy feliz a mi hijo. Haz que cada día sea Navidad, haciendo felices a los demás.* Y cuenta la tradición que, desde aquella primera Navidad, aquel angelito pequeño sigue viniendo a la Tierra para hacer felices a los hombres y cantar con los ángeles el Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de

buena voluntad. ¿Serás tú capaz de hacer feliz a Jesús y a los demás?

El compositor italiano Giancarlo Menotti, en su melodrama *Amahl y los reyes magos*, narra una leyenda. Los Reyes magos, en su viaje en busca de Jesús, tuvieron que hacer noche en una casita muy pobre, donde vivía una pobre mujer con su hijo, que sólo podía caminar con muletas. En la noche, mientras los magos dormían, aquella madre, pensando en su futuro, rebuscó en el costal del rey Melchor y le sacó unos lingotes de oro. A la mañana siguiente, al descubrirse el robo, le dijo Melchor: *Mira, te perdono; pero debes saber que tu hijo no necesita oro, sino amor*. Entonces, la mujer, avergonzada porque había sido descubierta, devolvió el oro. Pero su hijo, les dijo: *Ricos y nobles señores, ustedes van con regalos para Jesús. A mí también me gustaría regalarle algo, pero no tengo nada, porque soy pobre. Sin embargo, yo quiero regalarle las dos cosas más útiles que poseo: mis dos muletas*. Y dice la leyenda que fue, en ese preciso momento, al entregar sus muletas que Amahl pudo quedarse de pie y se dio cuenta de que había sido curado milagrosamente por Jesús.

En este caso, la generosidad fue el detonante para que ocurriera el milagro y Dios actuara directamente en su vida. Veamos un milagro real.

El 21 de octubre de 1992, moría un joven monje en la Comunidad de Monteveglio, cerca de Bologna, en Italia. Los periódicos sacaron titulares en primera página, diciendo: *Ha muerto un monje de sida*. Pero veamos lo que realmente había ocurrido. Aquel joven monje había nacido en 1948; a los 20 años había abandonado su casa, viviendo a la aventura por distintos países, dándose entre otras cosas a la droga. Lo metieron en la cárcel y, al salir, recayó en la droga. En 1986, los médicos le dijeron que tenía sida en último grado. El joven, que era ateo, se desesperó, pensando en suicidarse. Entonces, Umberto Neri, un joven monje de Monteveglio, le dijo: *Mira, nosotros somos pobres, si quieres venir con nosotros, te daremos alojamiento*. Y el joven se fue a vivir con ellos.

En aquel convento nadie le dijo: ¿Quién eres? ¿De dónde has venido? ¿Por qué estás enfermo? Quizás algunos ya sabían algo, pero él fue recibido como un amigo entre amigos. Después de unos meses viviendo en el convento, un día les dijo a todos. *Ahora he comprendido que Jesús es Dios, porque sólo, si Jesús es Dios, puede explicarse vuestra vida. Vosotros sois pobres y sois felices, sois humildes y sois felices. Vosotros sois pobres y humildes y me habéis acogido con amor*. Se convirtió y vivió durante seis años en aquella Comunidad. En el lecho de muerte quiso ser monje y hacer sus votos, y el

Superior lo aceptó con el visto bueno de la Comunidad. Murió a los pocos minutos. Monje por pocos minutos. El milagro de Dios estaba concluido, pero los periodistas, con poca seriedad y responsabilidad, aprovecharon para decir que era un monje pecador que moría de sida. No dijeron que se había convertido y que Dios había limpiado su alma y era ya un hombre nuevo²⁹.

Ciertamente, la ayuda desinteresada y el servicio a los demás puede ser uno de los mejores modos para encontrar a Dios. Veamos otro ejemplo real de la vida del gran escritor católico francés André Frossard: *El día que cumplí 15 años tenía un montón de dinero en mis manos y pensé en pasar la tarde con una prostituta. Tomé el metro para Montparnasse y, al llegar al destino, encontré un mendigo flaquísimo. Cuando quise pasar junto a él, me tendió la mano, no sé si fue piedad o la vergüenza por lo que iba a hacer, pero lo cierto es que el puñado de billetes, que tenía en el bolsillo, se lo di a aquel hombre pobre y yo me regresé a casa. El viaje hacia la prostituta fue un viaje hacia la caridad*³⁰.

²⁹ Comastri Angelo, *Dio è amore*, Ed. San Paolo, Turín, 2003, p. 134.

³⁰ Comastri Angelo, *Dov'è il tuo Dio?*, Ed. San Paolo, Turín, 2003, p. 28.

Su encuentro con Dios cinco años más tarde fue tan espectacular que lo escribió en su libro *Dios existe, yo me lo encontré*. Ahí nos habla de cómo en la Eucaristía está la presencia más viva y real de Dios. Él cuenta su experiencia así:

Habiendo entrado a las cinco y diez de la tarde en una capilla del barrio latino de París en busca de un amigo, salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no era de la tierra. Habiendo entrado allí escéptico y ateo de extrema izquierda, volví a salir algunos minutos más tarde, católico, apostólico, romano..., arrollado por una ola de alegría inagotable³¹.

Dios estaba allí (en la custodia), revelado y oculto por esa embajada de luz que, sin discursos ni retóricas hacía comprenderlo todo, amarlo todo... El milagro duró un mes. Cada mañana volvía a encontrar con éxtasis esa luz que hacía palidecer el día, esa dulzura que nunca habría de olvidar y que es toda mi ciencia teológica... Sin embargo, luz y dulzura perdían cada día un poco de su intensidad³².

³¹ Frossard André, *Dios existe, yo lo encontré*, Ed. Rialp, Madrid, 2001, p. 6.

³² ib. pp. 162-164.

Frossard descubrió a Dios en la Eucaristía. Allí sintió con tal fuerza el amor de Dios que fue transformado en un instante. Por eso, si queremos encontrar a Dios, el mejor lugar es la Eucaristía y, muy especialmente, el momento en el que lo recibimos en la comunión.

AMOR A JESÚS

El amor a Jesús debemos manifestarlo, sobre todo, en la Eucaristía, donde está realmente presente, vivo y resucitado. Allí nos espera cada día y cada hora. Allí está nuestro amigo Jesús, el amigo que nunca falla, el amigo que siempre nos espera. Si queremos hablar con él, el mejor lugar es visitándolo en el sagrario de nuestras iglesias y el mejor momento es el momento en que recibimos su abrazo en el momento de la comunión. Pero, a lo largo del día, es bueno tener algunas imágenes religiosas que nos recuerden su presencia. Es importante el crucifijo que nos recuerda su amor hasta el punto de haber dado su vida por nosotros. De ahí que la Madre Teresa de Calcuta decía: *Cuando vayas a la Eucaristía, piensa en cuánto te ama Jesús, que te sigue esperando en este sacramento. Cuando mires un crucifijo, piensa en cuánto te amó, que dio su vida por ti.*

El crucifijo, llevado con amor, es una bendición y también es una gran protección contra el maligno. Los antiguos misioneros de América, colocaban en las cimas de los montes grandes cruces como tomando posesión de aquellos lugares en el Nombre de Jesús, para así alejar de ellos el poder del diablo. Hasta ahora existen en muchos lugares de América, y también de Europa, esas grandes cruces, manifestación del gran amor de nuestros antepasados a Jesús y ayuda permanente contra los poderes del mal.

La señal de la cruz es una confesión de fe. Cuando la trazo sobre mi cuerpo quiero decir: creo en el que sufrió por mí y ha resucitado; creo en aquel que ha transformado el signo de la ignominia en una señal de esperanza, en una señal del amor presente de Dios... Cuando nos signamos con la señal de la cruz, nos colocamos bajo su protección, nos agarramos a ella como a un escudo, que nos protege en las dificultades de todos los días y nos confiere fuerza para seguir adelante. En esos momentos, la cruz se convierte para nosotros en una guía en el camino³³.

En la guerra civil española de 1936-1939, cayó herido un joven de diecinueve años. El joven pedía

³³ Ratzinger Joseph, *Introducción al espíritu de la liturgia*, Ed. San Pablo, Bogotá, 2001, p. 148.

insistentemente un crucifijo para besarlo antes de morir. Su compañero, que era judío, no sabía qué hacer. Entonces, el oficial le dijo:

- *Busca unos palitos y hazle una cruz.*

El compañero judío atestiguó:

- *Hice una cruz con dos ramas y la puse en sus manos. El muchacho la besó con fervor y la miró despacio, se la puso encima del pecho, inclinó la cabeza y murió. Nunca se me ha olvidado aquella escena. Durante la noche, yo pensaba: ¿No será verdadera una religión que, ante la muerte, les inspira besar la cruz de su Dios?*

Y este compañero judío acudió al capellán y se hizo católico gracias a la fe de aquel joven, que había sabido morir como católico, amando a Jesús, representado en aquella pequeña cruz.

Otra historia. En un colegio regentado por los padres jesuitas en Latinoamérica, había un alumno, Jorge Lizar, que destacaba sobre los demás por sus dotes de artista y sus cualidades de líder. Lizar talló en madera un Cristo crucificado y se lo regaló al padre José Fernández, a quien apreciaba mucho. El padre, al recibirlo, le dio un beso a los pies del Cris-

to y Jorge quiso imitar su gesto y lo besó en su rostro. El padre Fernández le dijo:

- *Que siempre lo beses así, con amor.*
- *Sí, jamás lo besaré como Judas.*

Pasaron los años, Jorge se hizo médico, viajó por muchas naciones y se dejó influir por las ideas revolucionarias de la época, haciéndose masón. El 3 de noviembre de 1896 fue encarcelado, acusado de revolucionario y promotor de rebelión, siendo condenado a muerte.

En ese momento, era un furibundo anticatólico y a los sacerdotes, que se le acercaron, los rechazó sin contemplaciones. Pero el padre Fernández se enteró de su condena y acordándose de su querido discípulo fue a visitarlo a la prisión. Jorge no quería abjurar de la masonería ni confesarse. Entonces, el padre Fernández le llevó el Cristo que él había tallado de joven y le recordó aquel beso que le había dado, diciendo que nunca le daría el beso de Judas. Los ojos de Jorge se clavaron en el Cristo y recordó sus misas de colegial, sus comuniones... Y Jorge cayó de rodillas, besando de nuevo al Cristo y diciendo:

- *Mi beso no es como el de Judas. Perdóname, Señor.*

Abjuró de la masonería, se confesó, recibió la comunión e, incluso, se casó con su esposa por la Iglesia. El día de la ejecución, quiso que el padre Fernández lo acompañara con el Cristo. Poco antes de ser fusilado, besó de nuevo al Cristo y se entregó a la muerte con paz y alegría de corazón.

El beso sincero a Jesús, cuando era joven, lo salvó. Jesús no olvida cualquier detalle que hagamos, con verdad y sinceridad, en su honor³⁴.

Otro ejemplo. Cuando los comunistas se apoderaron de Vietnam del Norte, muchos católicos huyeron hacia el Sur en busca de libertad. Uno de ellos era un muchacho de 14 años, que llevaba un paquete pesado sobre los hombros. Con frecuencia, debía descansar y tomar un poco de agua por el intenso calor del verano. Algunos que lo veían tan cansado, le aconsejaban que dejara el paquete para poder caminar más deprisa, pues podían atraparlo los soldados comunistas, que perseguían a los fugitivos. Pero el joven no hacía caso y decía:

³⁴ El padre José Fernández escribió esta historia y quedó archivada con carácter de documento oficial en la notaría de don José Soriano y Cano en Murcia, el 8 de agosto de 1917. En dicho documento, publicado en *Historia política de la España contemporánea*, tomo II, apéndice 25, puede leerse la historia completa con los verdaderos nombres de sus personajes y los pormenores del caso.

- *Este paquete me lo han confiado mis padres para que lo cuide. He perdido otros, pero éste no puedo perderlo.*
- *¿Qué llevas para que sea tan importante para ti?*
- *El Cristo de la familia.*

Aquel jovencito no quería perder aquel crucifijo, que era una herencia de la familia. Quería conservar con él la tradición católica familiar y la fe que le habían transmitido. Por fin, llegó al Sur con la alegría de haber salvado al Cristo de la familia y con él la fe y la tradición familiar³⁵.

José Schweidel fue uno de los doce generales húngaros, fusilados el 6 de octubre de 1849. Antes de morir, le dijo al capellán:

- *Padre, aquí tiene este crucifijo, heredado de mi padre; lo he llevado siempre. Le ruego que se lo entregue a mi hijo.*

Hermoso gesto de fe. Ojalá que muchas familias supieran conservar con amor sus imágenes y transmitir las como una herencia valiosa a sus hijos.

³⁵ Martínez José Julio, *Estos dan con alegría*, Ed. Edapor, Madrid, 1983, p. 28.

Cristo siempre nos espera con los brazos abiertos, como en la cruz, para que, en los momentos difíciles, podamos acudir a Él o pedirle ayuda en nuestros problemas y dificultades de la vida diaria.

En una gran ciudad alemana, durante la segunda guerra mundial, los bombarderos aliados destruyeron, entre otras muchas cosas, la hermosa catedral. El Cristo, que presidía el altar mayor, quedó literalmente destrozado. Después de la guerra, los habitantes de la ciudad decidieron reconstruir el Cristo, pedazo a pedazo, con paciencia. Así quedó todo el cuerpo bien formado, pero faltaban los brazos, de los que no había quedado ni rastro. ¿Qué hacer? ¿Fabricarle otros nuevos? ¿Guardarlo mutilado en la sacristía? Por fin decidieron dejarlo sin brazos y colocarlo en el altar mayor con un letrero que decía: *Tus brazos serán los brazos de Cristo.*

Recuerdo muy bien aquel domingo 31 de mayo de 1970. Estaba en Lima camino al hospital Santa Rosa donde era capellán, cuando sentí que algo raro sucedía. La gente salía asustada de sus casas, porque había temblor de tierra. Al llegar al hospital, mucha gente estaba llorosa, pues habían sentido mucho miedo de que pudiera ser un gran terremoto de consecuencias catastróficas. En Lima apenas hubo consecuencias y todo pasó. Sin embargo, fue uno de los terremotos más devastadores de la historia pe-

ruana. Aquel día a las 3 y 20 minutos de la tarde, en la ciudad de Yungay, al Norte, todo era vida, risas, fiestas. Un minuto después todo quedó en silencio y las risas se convirtieron en pánico y en gritos de los sobrevivientes, que estaban en la parte alta, junto al cementerio.

Aquel domingo 31 de mayo de 1970, a las 3,21 p.m. toda la ciudad de Yungay quedó enterrada por un aluvión, que vino del nevado Huascarán, y la sepultó con sus 30.000 habitantes. Fueron muy pocos los que se salvaron; pero, en la parte alta, en el cementerio, quedó en pie la imagen de Cristo con los brazos abiertos, como diciendo a los sobrevivientes, que Él es la Vida, pero la Vida verdadera, la vida eterna y que esta vida es sólo un paso para la eternidad.

Sí, hay que vivir con seriedad y responsabilidad para la eternidad. Como diría el poeta inglés Keats, la tierra es el valle donde se forman las almas. Esta vida es una prueba o un examen para la eternidad. Por eso, hay que recordar frecuentemente las palabras del Génesis: *Acuérdate de que eres polvo y en polvo te vas a convertir...* Y eso puede ocurrir en cualquier momento. Hay que vivir sanamente, con sanas alegrías, pero también vivir bien con la conciencia tranquila y la sonrisa a flor de labios, sabiendo que Dios nos ama y nos espera con los bra-

zos abiertos más allá de esta vida, más allá de las estrellas, más allá de la muerte.

SÉ TÚ MISMO

No quieras ser en todo como los demás. No seas como Vicente que va donde va la gente. No te dejes llevar de la moda o de la propaganda. No sigas en todo lo que hacen o dicen los demás. Tú eres diferente. Y Dios no hace fotocopias. Tú debes ser tú mismo y cumplir tu misión, que es diferente de la de los demás. No te lamentes de no ser alto y fuerte como otros; no te entristezcas, porque no eres tan inteligente y bello como otros; no tengas envidia, porque hay otros que son más ricos y tienen más cosas que tú. Tú debes ser tú mismo. No seas como aquel águila real que creía que era una gallina, y no podía volar, porque lo había incubado una gallina y siempre había vivido entre gallinas. Tú eres un águila real de Dios. Quizás no puedes caminar o no puedes trabajar, pero tú puedes amar y, en las alas del amor, puedes llegar a los últimos rincones de la tierra para amar, ayudar y hacer felices a los demás, ofreciendo a Dios tu amor y tus sacrificios.

Tú eres un águila divina y estás llamado a volar por las alturas, no te contentes con el barro de las charcas como los gusanos, que sólo piensan en las

cosas de la tierra. Levanta tu mirada hacia el infinito de Dios, mira las estrellas y corre, vuela hacia Dios, que te espera y, un día, te llamará a su presencia para felicitarte y hacerte eternamente feliz.

Quiero contarte un hermoso cuento. Había una vez un hermoso jardín con manzanos, naranjos, perales y bellísimos rosales, todos felices y satisfechos. Pero había un árbol muy triste. El pobre tenía un problema: No sabía quién era. El manzano le decía:

- Te falta concentración. Si realmente lo intentas, podrás dar sabrosas manzanas. Mírame a mí y verás qué fácil es.

Pero el rosal le decía:

- No hagas caso. Es más sencillo tener rosas. Mira qué hermosas son.

Y el árbol intentaba concentrarse y hacer lo que le sugerían y no lograba nada y se sentía frustrado. Un día, entró en el jardín un búho y, al ver su desesperación, le dijo:

- No te preocupes, tu problema no es tan grave, no imites a los demás, trata de ser tú mismo. Escucha tu voz interior.

- ¿Mi voz interior? ¿Ser yo mismo?

Y, por fin, sintió su voz interior que le decía:

- Tú nunca darás manzanas, porque no eres un manzano. Jamás florecerás, porque no eres un rosal. Eres un roble y tu destino es crecer grande y majestuoso para dar cobijo a las aves, sombra a los viajeros y belleza al paisaje. Tienes una gran misión, cúmplela.

Y el árbol se sintió fuerte y seguro de sí mismo; y a partir de ese día, nunca más volvió a estar triste, sintiéndose feliz cada vez que algún ave venía a cobijarse bajo sus ramas o cuando algún viajero buscaba sombra a sus pies. De esta manera, fue respetado y admirado por todos y se sintió feliz.

Así que ya sabes, Dios espera mucho de ti. No te desanimes nunca por tus fracasos. El único fracasado es el que se da por vencido. Además, Dios no mira tanto los éxitos sino los esfuerzos. Si tú has puesto de tu parte todo lo que podías, tu Padre Dios está sumamente orgulloso de ti, su hijo. No temas, a los que te desprecian. Mira siempre hacia delante y, a pesar de tus errores y fracasos, procura siempre aprender la lección, pues en cada fracaso puedes aprender algo bueno para el futuro.

Había una vez un arqueólogo europeo que se dio su paseo por la India y quiso visitar los más antiguos templos y murallas, y todos los edificios que quedaban de las antiguas culturas milenarias. Un día iba por un sendero de una alta montaña, donde había profundos abismos. Tenía miedo de dar un resbalón, pues sería el fin de su vida y de su carrera. Iba cansado, a pesar del poco equipaje. De pronto, vio a una niña de unos diez años, cargando a un niño gordito sobre sus hombros. Ella iba sudando, respirando pesadamente y, cuando pasó a su lado, él le dijo:

- *Niña, debes estar muy cansada. Llevas mucho peso.*

Y la niña le respondió:

- *Tú eres el que llevas mucho peso. Esto no es peso, es mi hermanito.*

Dice la tradición que aquel día, aquel gran arqueólogo aprendió que más importante que todas las cosas del mundo son las personas y que, mientras no amemos a las personas, nunca podremos dar sentido a la vida ni ser felices.

Otra cosa importante que debes aprender es a luchar con perseverancia. Es fácil trabajar y luchar

por un ideal durante un mes, un año..., pero ¿toda una vida? Se cuenta que Winston Churchill fue invitado, después de la segunda guerra mundial, para que contase a sus paisanos el secreto de su éxito. El auditorio estaba totalmente lleno y había una gran expectación por escuchar su discurso. Él sacó una hoja de su bolsillo y dijo: *Nunca, nunca, nunca te des por vencido.*

Hizo una pausa, guardó el papel y tomó asiento. El auditorio pareció desconcertado; pero, después de unos segundos, comenzó a aplaudir, pues había entendido que el éxito de su vida había sido la perseverancia. Porque el mundo no se divide entre tontos e inteligentes, sino entre los que trabajan con esfuerzo, ilusión y perseverancia, y los que trabajan, siguiendo la ley del mínimo esfuerzo. Por eso, vive tu vida con los dones y cualidades que Dios te ha dado. No importa, si son más o menos que los de los demás. Sé tú mismo. Cumple tu misión, que es única en el mundo. Vive con perspectivas de eternidad. Vive para Dios y para los demás.

Acéptate como eres. No te rechaces a ti mismo. Por un defecto o por un fracaso no puedes concluir que siempre serás un fracasado. Sería muy triste que, al morir, Dios te dijera: *Si hubieras sido perseverante, si lo hubieras intentado una sola vez más, lo habrías conseguido; pero no lo hiciste y dejaste*

tu misión inconclusa y a medio camino. Despierta de tu apatía y de tu tristeza. Son infinitamente más los dones y tesoros que tienes que tus defectos y fracasos. ¿Acaso no estas vivo? ¿Puedes oír, ver, caminar? ¿O prefieres tener dinero y éxito sin tener salud? ¿Prefieres estar muerto para no tener ya ningún problema? No desertes de la vida. Todavía tienes mucho camino por delante y Dios espera mucho de ti y confía en ti. ¿No confías tú en Él?

Ciertamente, NO ERES TODO LO QUE PUDISTE HABER SIDO, PERO TAMPOCO ERES TODO LO QUE PUEDES LLEGAR A SER. Ponte de pie, toma tu vida en serio y camina hacia delante. No te detengas. No vuelvas la mirada atrás. No pienses en el tiempo perdido y en las oportunidades desperdiciadas. Mira a Dios, que te espera al final del camino y camina con paso firme, cumpliendo cada día tu misión. Porque Dios te ama así tal como eres, gordo o flaco, bajo o alto, pobre o rico, inteligente o de pocas cualidades intelectuales. Dios es tu Padre y tú eres su hijo y eso es más importante que todos los títulos y que todos los tesoros del mundo entero.

Él te dice: Hijo mío, eres lo más importante del mundo para Mí. Desde toda la eternidad he pensado en ti y te he amado. No tengas miedo, confía en Mí. Yo te amo y estoy a tu lado en todo momento.

Cuando tengas problemas, acude a Mí y no te preocupes por el día de mañana, pues todo está en mis manos. Confía en Mí y duerme tranquilo entre mis brazos.

REFLEXIONES

Ilumina con los destellos de tu vida el camino de los demás. No te quejes ni te lamentes por cualquier cosa. En vez de lamentarte de que las rosas tienen espinas, felicítate de que las espinas están cubiertas de rosas. Ofrece a Dios tus dolores con amor, para que tengan un valor sobrenatural. Ve siempre el aspecto positivo de las cosas. Sé optimista. Siembra estrellas en el camino de tus hermanos, haz siempre el bien y nunca hagas daño a nadie. Procura llenar cada minuto de sesenta segundos que te lleven al cielo. Nunca pierdas el tiempo. El tiempo es un tesoro que Dios pone en tus manos y debes aprovecharlo al máximo, pues se agota minuto a minuto.

Aprende a vivir, es decir, aprende a amar. Ten siempre la idea fija de hacer felices a los que te rodean. Que nadie se aleje de ti sin ser mejor ni más feliz. Nunca te canses de amar sinceramente a los demás. Sonríe a todos. La sonrisa es el camino más corto entre dos personas. Deja ver el cielo que hay en tu corazón y sonríe mucho. Sonríe a Dios cada

mañana al despertar y dale los buenos días. Haz cada día algo para iluminar el mundo y la vida.

No seas mentiroso, sé un hombre honorable, que respeta y cumple siempre su palabra. No seas perezoso, la pereza camina tan despacio que la pobreza la alcanza pronto. No seas mediocre, esfuérzate al máximo y da lo mejor de ti mismo. No robes, ni siquiera un céntimo. Sé honrado hasta en los más mínimos detalles. Y sé responsable en todos tus actos. Vive para la eternidad. Dios valora tus esfuerzos y no tus éxitos humanos. Y, cuando te hagan daño, aprende a perdonar. Nunca guardes rencor en tu corazón. El odio y el rencor es un veneno que te enfermará el cuerpo y te dañará el alma.

Y, por encima de todo, trata de amar a todo el mundo y darle buen ejemplo. Sirve a todos desinteresadamente sin esperar recompensa. Dios te recompensará y te hará feliz eternamente. Hazlo todo con amor, pues Dios no mira tanto lo que haces, sino el amor con que lo haces. Piensa en los demás. No quieras vivir feliz tú solo. Nadie tiene derecho a ser feliz él solo, cuando a su alrededor hay gente con hambre y con dolor.

Si fueras capaz de comprender la miseria de los demás y la necesidad que tienen de ti, llegarías a ser hombre de verdad, pues harías algo por ayudar-

los y tu vida resplandecería de felicidad, al ver felices a los demás.

Como decía Amado Nervo: *Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor. En cuanto tengas delante de ti un tiempo baldío, llénalo de amor. No pienses: sufriré. No pienses: me engañarán. No dudes. Ve, simplemente, diafanamente, regocijadamente, en busca del amor, del amor puro y limpio, fraterno y servicial. Ama todo lo que puedas, pero ama siempre, y siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.*

Por eso, haz el bien que puedas,
por todos los medios que puedas,
de todas las maneras que puedas,
en todos los sitios que puedas,
a todas las horas que puedas,
a toda la gente que puedas,
durante todo el tiempo que puedas.

De esta manera, tu vida será una luz para los demás y, al morir, podrás decir con alegría: *Ha valido la pena haber vivido y dar mi vida por los demás. Ahora voy a vivir feliz eternamente con mi Padre Dios en el cielo.*

Dile ahora mismo:

*Señor, haz que sea una pequeña flor para ti,
siempre con los pétalos abiertos hacia lo alto,
para agradecerte y abrazarte en todo momento.*

*No me dejes solo. Espérame siempre;
aunque, a veces, me pierda
entre las preocupaciones de la vida diaria.
Espérame con los brazos abiertos.*

*- Sí, hijo mío, comprendo tus problemas, seco
tus lágrimas y te hago compañía para que nunca
estés solo y, confío en ti y seguiré esperando en ti,
porque eres mi hijo y yo te amo.*

*Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado
hoy. Pídeme y te
daré en herencia
las naciones.*

(Sal 2,8)

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los ejemplos de este libro, espero que tu vida se haya iluminado para poder tener ideas claras y poder decidir mejor sobre lo que tienes que hacer. Ojalá que las páginas de este libro te hayan servido como luz en tu camino para que enciendas tu vida con los valores eternos de las virtudes y puedas iluminar con el ejemplo de tu vida a cuantos andan extraviados o confundidos, y no conocen el camino de Dios y de la verdadera felicidad. Porque sin Dios, nadie puede ser feliz de verdad... Podrá disfrutar de placeres pasajeros; pero, tarde o temprano, se dará cuenta de que su vida está vacía por dentro. Y ¡qué triste será, al final, encontrarse con haber malgastado la vida y no tener nada que presentar ante el tribunal de Dios!

Por eso, te deseo un camino brillante y resplandeciente por la vida. Mira siempre a las estrellas. Irradia como un espejo la luz del sol sobre las vidas de tus hermanos. No seas pesimista, no hagas nunca daño, no te destruyas con vicios y placeres inmorales. Vive para la eternidad y vive con Dios en tu corazón. María, nuestra Madre, te ayudará en tu caminar. Y no olvides que tienes un ángel bueno, que también te acompaña e ilumina tu camino.

¡Feliz viaje por la vida! ¡Que Dios te bendiga!
¡Te deseo lo mejor! Saludos de mi ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino Recoleta

*Cada día, al despertar,
Dios te espera con
amor. Sonríele
y dale las
gracias por el
nuevo día.
Su luz y su amor
amanecen antes que el Sol.
Sé agradecido.*

BIBLIOGRAFÍA

- Comastri Angelo**, *Dio è amore*, Ed. San Paolo, Turín, 2003.
- Comastri Angelo**, *Dov'è il tuo Dio?*, Ed. San Paolo, Turín, 2003.
- Comastri Angelo**, *Non uccidete la libertà*, Ed. San Paolo, Turín, 2005.
- Frossard André**, *Dios existe, yo me lo encontré*, Ed. Rialp, Madrid, 2001.
- Gandhi Mahatma**, *Autobiografía*, Ed. Arkano books, Madrid, 2002.
- Guitton Jean**, *Lo que yo creo*, Ed. Acervo, Barcelona, 1973.
- Hernández Afrodisio**, *Señales de pista*, Trujillo (Perú), 2004.
- Madre Angelica**, *Respuestas, no promesas*, Ed. EWTN, 1998.
- Martínez José Julio**, *Estos dan con alegría*, Ed. Edapor, Madrid, 1983.
- Mehan McKenna**, *El adviento y la Navidad*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1999.

Todos los libros del autor están publicados en:
www.libroscatolicos.org